

La Ilustración Artística

AÑO XII

← BARCELONA 1.º DE MAYO DE 1893 →

NÚM. 592



BACCO, dibujo de R. Armenise, grabado por Mancastropa

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *La muerte del tío*, por Luis Taboada. - *Tren de estudiantes*, por José de Roure. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea* con noticias de *Teatros*, *Bellas Artes* y *Necrología*. - *Anie* (continuación), novela por Héctor Malot, con ilustraciones de Emilio Bayard, traducida por Antonio Sánchez Pérez. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *La cronofotografía. Nuevo método para analizar el movimiento de las ciencias físicas y naturales* (conclusión), por E. J. Marey de la Academia de Ciencias. - Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. - *Baco*, dibujo de R. Armenise, grabado por Mancastropa. - *El gallinero; Los palcos por asientos; El anfiteatro*, tres dibujos de Renato Reinicke. - *Vistas de los principales sitios, edificios y monumentos de Madrid* (de fotografías). - *La Discreción*, alegoría de C. Marr. - *El príncipe Fernando de Bulgaria; La princesa de Parma* (de fotografía). - *Federico el Grande junto al cadáver de Schverin*, copia del celebrado cuadro de R. Warthmüller. - *El rey Humberto I de Italia; La reina Margarita de Italia* (de fotografía). - Figuras 34, 35, 36, 37 y 38, cinco grabados correspondientes al artículo de la *Sección científica*, titulado *La cronofotografía.* - *Juegos infantiles*, dibujo de D. Panluzzi.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La primavera en Sevilla. - Resurrección de la Naturaleza. - Reflexiones. - Una montería en Sierra Morena. - Llegada de los invitados. - Encuentro con los nobles señores del coto. - El puesto. - Los monteros y las reses. - Hospitalidad. - Canto andaluz. - Observaciones. - Conclusión.

No ha sentido el calor vivificante de la primavera en su cuerpo y no ha experimentado la savia de abril en sus arterias quien jamás haya en Sevilla estado por estación como la que ahora impera y corre. Aquellos bordes, así de las acequias como de los caminos, festoneados á una de flores embellecidas por toda suerte de matices y olientes á toda clase de aromas; aquellas palmas, que vibran al beso de los airecillos y dibujan las diademas de sus orientales cogollos en el azul de un cielo helénico; aquellos naranjales, nevados de azahar en su copa y erguidos sobre círculos de azahar descolgados de sus ramas, las cuales parecen otros tantos pebeteros, donde la esencia balsámica se condensa en términos de que tal olor no resulta fluido y vago, algo líquido que se bebe como el hatilus de los harenes y algo sólido que se masca como las frutas de los paraísos, infundiendo en nuestras fibras una celeste serenidad; aquel enlace de los árboles más exóticos entre las paredes marmóreas de los jazmines más misteriosos con las enredaderas y los rosales más hispánicos; el surtidor de las fuentes murmurando, tras las cancelas de los patios, adornados por macetillas, en torno de las cuales vagan hermosísimas mujeres coronadas de frescas rosas despidiendo gorjeos de sus arpadísimas gargantas, centellas de sus negros ojos; el esmalte de los alminares almoravides y almohades cubiertos con sus encajes de alharacas y ceñidos con sus grecas de azulejos; los brillantes palacios mudéjares con suelos de ágatas y techumbres de marfil con oro; los innumerables campanarios relucientes al centelleo de sus lozas muy semejantes á mayólicas; el vapor de poesía despedido hasta por los objetos más prosaicos, cuya vulgaridad trastruecan en arte puro los recuerdos bellos como los arreboles de cualquier ocaso andaluz; la música puesta por las canciones entonadas en competencia y porfía con ruseñores y alondras ó al son de melodiosas guitarras, por tal manera os poseen y dominan, que cuando el río suena en un caer de la tarde y los bosques huelen y la Giralda con la Torre del Oro brillan y la catedral ostenta sus cresterías entre góticas y platerescas, os creéis transportados á uno de esos predilectos sitios, invenidos por las mitologías como islas, dentro de cuyos senos edénicos nunca penetran el dolor y la muerte.

* *

Bien es verdad: por todas partes, bello, bellísimo, un anochecer ó un amanecer en abril. ¡Qué mañanas! El cielo, de color de perla en los primeros instantes, al rayar la feliz alborada, tórnase luego de un matiz rosa, semejante al rubor de la niña enamorada que oye profundo suspiro de amor. Las crestas de los montes, sonrosadas por los albores, quiebran la luz matutina con tan variados reflejos, que parecen, ya pirámides de coral ó ya rotondas de rubíes. En aquellos iris, cuando acaban de acostarse la luna y la estrella matinal que la sigue, se despiertan las parleras

avecillas con sus himnos de arpegios y gorjeos. La verde y ya granada espiga lleva en sus aristas gotas de rocío y en sus raíces pétalos de amapola. Coronanse de flores los arbustos, difundiendo aquella dulce alegría que siente la casta joven cuando se ciñe, á impulsos de risueñas ilusiones, la guirnalda misteriosa de novia en el anhelado día de sus nupcias. Los seculares árboles, llenos de moho, de líquenes, de festoneantes enredaderas, sacuden sus copas al airecillo, y dejan caer como una lluvia de oxígeno, producida por los primeros besos de la luz, mientras las praderas, de varias flores sembradas y enriquecidas, así como dan mieles á las zumbantes abejas, dan colores á las tenues y ligeras mariposas. Por aquí el trabajador que canta, llevando su azadón al hombro, con la jovialidad nacida del descanso en brazos de la noche; por allí el pastor que saca el ganado de apriscos y establos humeantes, despidiendo de sus lanas sanísimos aromas y de sus esquilas notas varias, tan regocijantes como cualquier alegre melodía. Todo convida, pues, todo, al amor: el aleteo, el cántico, el vuelo, el resplandor, que diríais esfuerzos constantes y tenacísimos de la materia por producir y exhalar el espíritu, como la flor, que se disipa y se trastrueca en aroma. ¡Ay! El principal atractivo de los arpegios entre las aves cambiados, de las miradas por el sol dirigidas á su esposa la tierra, de los besos dados por los aguijones de los áureos insectos á las enamoradas flores; el principal atractivo está en que todos aquellos espasmos corresponden á una con los corazones henchidos, por los cuales se agolpa y enardece la sangre hirviente, de igual manera que la corteza de los árboles rejuvenecidos y reengalanados por la savia primaveral con tanto exceso de vida.

* *

¡Oh naturaleza! Inmóvil en medio del movimiento, una en medio de la variedad; empapada en el éter que la penetra por todos sus poros, y que forma como su atmósfera, como su espíritu; bajo la sucesión continua de seres orgánicos que cambian y se transforman, permanente de suyo é inmodificable; sujeta siempre á la muerte, y sin embargo, eterna; sujeta siempre al límite, y sin embargo, infinita; radiosa en la inmensidad del espacio y concretada en seres orgánicos; desde los astros, que despiden su luz por las esferas, á las flores que empapan con sus aromas los aires; desde los gases impalpables que se desvanecen, á las sólidas cordilleras que mezclan con sus ventisqueros, donde la nieve blanquea, sus volcanes, donde reluce el fuego central; desde la nebulosa que lleva en germen orbes infinitos, á los grandes y gigantes mundos, ya cansados de bogar por los espacios; desde el grano de arena que la onda remueve, á las últimas estrellas de la Vía Láctea, cuyo resplandor tarda veinte mil siglos en llegar hasta nosotros, pobres desterrados adheridos á este pequeño planeta; en todo este círculo, cuyo centro se halla, como dice la sabiduría moderna, en todas partes y cuya circunferencia en ninguna, ¡ah! no sucede el aniquilamiento total ni de una sola molécula; no existe, no, la nada; sombra de nuestro pensamiento, aprensión de nuestra poquedad, fantasma de nuestros sentidos, idea sin realidad, que las tristes limitaciones de nuestra lógica y la incurable imperfección de nuestro lenguaje nos ha obligado á poner en el eterno océano de la vida. Es verdad que algunos astros se han apagado en nuestro sistema solar, como faunas y floras enteras han desaparecido en nuestra corteza terrestre; pero ni se ha extinguido el calor de la vida universal, ni ha cesado el crecimiento y el progreso de más perfectos organismos.

* *

Mas no acabaríamos nunca si hubiésemos de agotar estas filosofías. Volvamos de nuevo al campo, hundiéndonos así en sus aromas como en sus savias. Y puestos ya, por las inspiraciones de abril, en esta ocasión de anegarnos dentro de su vida exuberante, recordemos la Sierra Morena, que acabamos de recorrer y que nos ha oído en sus embriagadoras fragancias al bello lenguaje de Cervantes en aquellos capítulos del *Quijote*, donde nos la describe y ofrece con toda la magia de una poesía, dentro de cuyos senos la ficción y la verdad, no sólo se juntan, se confunden é identifican. No he presenciado yo allí penitencias como las del ingenioso hidalgo, pero sí cacerías que piden para su historia una voz tan elocuente como aquella voz y una pluma tan divina como aquella pluma del primero entre nuestros prosistas, de quien puso en los desfiladeros de tan aromados montes las escenas que patentizan los secretos más recónditos y más hondos de la Naturaleza. Después de tamaña correría, la noble familia que me

agasajó con tales obsequios pidióme una crónica del hecho; y aquí está, como la escribí al día siguiente de tan lisonjero caso, en la madrugada del día 10 mismo de este mes corriente. Cópiala de seguida y á la letra, pues guarda las emociones muy frescas y transcribe con ingenuidad muy franca un color andaluz. Desde aquí digo que Andalucía es la tierra donde Virgilio soñó hallarse sus Elíseos, el musulmán encontró sus edenes y el cristiano recobraría su Paraíso perdido, si no lo buscara en el cielo. Sonarían las dos de una espléndida y luminosa tarde, cuando llegamos el domingo 9 de abril á estos riscos, después de larga misa con incienso y órgano y aleluyas, en la cual tuve tiempo de pedir á Dios un premio para el favor de haberme traído á estas montañas en alas de sus amistosas invitaciones y al reclamo de su fraternal cariño, mostrado con obsequios sin fin, en que le secundó una parentela tan larga y numerosa como la descendencia de los antiguos Patriarcas bíblicos, el correligionario de toda la vida y amigo de toda el alma, el bueno amado Ayala. Cumplido este descargo de conciencia, monté brioso caballo, capaz por mí de moderar sus ímpetus conociendo mi torpeza en el arte de cabalgar, y llevarme sobre su lomo cual un cordeiro de paz y mansedumbre por donde sólo pueden ir á su sabor águilas y á lo sumo cabras. Cabalgué con hechizo y encanto sobre praderas vistosas como tapiques de Persia y olientes como almizcle de hurfes, á la sombra de las encinas cargadas de polen y rebosantes de savia, entre guirnalda de florestas como jardines orientales y coros de ruseñores despidiendo cromáticas escalas de sus cuerpecillos abrasados en el celo y en el amor. Al cabo de un rato que pareció breve á mi cansancio y de un trecho que pareció corto á mis agujetas por lo hechicero de tantos paisajes, doquier entrevistados, nos encontramos bajo verdes fresnos y á la vera de clarísimo arroyo la incomparable familia de mis amigos los Calvos de León, entre la cual resaltaba Conchita, por su belleza y por su gracia, como una Diana cazadora, con su escopeta en mano, la trahilla de los perros en derredor, el montero al lado, y tras ella su marido Antonio, sus hermanos Juan y Rafael, parecidos á generales, hechos y derechos, según la infantería, la caballería y estoy por decir la artillería que aguardaban sus órdenes. De ágiles músculos, de ojo certero, de gallardo aire, de una destreza más que aprendida consubstancial á su cuna y heredada de sus mayores, donde ponen la vista ponen la bala, y montan como aquellos ascendientes suyos, descubridores de América, que los indios creían pegados á brutos, capaces por su ligereza de vencer y dejarse atrás el céfiro en persona.

* *

Con suma rapidez organizaron el combate. Si me prometieran hacerlo tan pronto y tan bien, era cosa de pedirles que organizaran el país. Conchita, de incomparable atractivo y tan maestra en esto de agasajar huéspedes, que al cuarto de hora creéis haberla tratado toda la vida, y Rafael, su hermano, el primer cazador de Andalucía, me llevaron, caballero en patriarcal borrico, por un matorral de todos los demonios, magüer su fragancia y su belleza, en el cual recordé, muy desprovisto de toda banqueta y muy á la ligera vestido, cuántas espinas guardan en este mundo, por culpa de nuestros pecados, las suaves flores. En un minuto improvisó Rafael fresca grutilla, muy superior, según su clase, á los discursos que se suelen improvisar en el Congreso, y mucho más útil. Allí nos acurrucamos los dos cazadores de veras y este cazador honorario, recibiendo consigna de silencio, bien difícil por cierto de cumplirse hallándose allí un hablador sempiterno como yo, gustosísimo de oír á Concha, cuya voz compite con el coro de las avecillas circunstantes y cuyo dejo esparce á los cuatro vientos la sal sembrada por María Santísima en esta su tierra predilecta. Pero callamos cuanto pudimos aspirando los aromas de romero, cantueso, tomillo y jara, puestos por el florido abril en los transparentes matizados aires.

* *

De súbito los monteros gritan, los perros ladran, los caracoles suenan, los cencerros repican, y todo este clásico estruendo extiende por nuestro cuerpo los escalofríos del combate. Yo me propuse no tomar en él parte alguna. Parecíame impropio de quien tanto predica la paz semejante guerra. Parecíame mucho más fácil cabalgar sin daño que disparar un tiro y no caerme de espaldas, como los indios de América la primera vez que oyeron el estampido de las armas. Cuanto de cariño me inspiraban las personas de Conchita y Rafael, tanto de respeto me inspiraban sus dos escopetas. ¡Vamos, confieso mi delito



EL GALLINERO, dibujo de Renato Reinicke

y proclamo mi pacatez, hubiera preferido á dos fusiles ¡ay! dos quitasoles. Mis compañeros, bastante listos para conocer mi medrana, me consolaron diciéndome que aquellos montes se hallaban puestos bajo estrella muy propicia, y nunca vieron accidente alguno de caza desgraciado. Sonreí con los labios; pero el susto iba por dentro. Mas en seguida olvidé todo al espectáculo subsiguiente. Abrían sendos entre los matorrales, parecidos á maniguas, los perros, y volaban, más que corrían, las perseguidas reses. Un ciervo, cuya piel del color de canela relucía como un cuero cordobés al sol, pasó ante nuestra vista encantada. Tras breves minutos una cierva se presentó cerquita y á la derecha de nosotros. En cuanto nos vió, cual si quisiera saludarnos y hasta reconvenirnos, se plantó y nos dirigió una mirada de sus profundos relucientes ojos, que trocó en amor á ella todos nuestros cazadores odios. En mi amiga Concha la naturaleza de dulce mujer se sobrepuso á la naturaleza de diosa Diana, é intercedió con su hermano para que no la matase, pues parecía con razón impiedad suma exterminar las hembras, fiadoras de su coto. Rafael, movido por el hospitalario afecto de quien desea mostrar á profano, tan profano como yo, todas las circunstancias de una montería, disparó sí, con ánimo de ahuyentar la res y no matarla. Cuando la vimos huir celebramos los tres nuestra misericordia para con ella. Concha me recordaba una poe-

sía de Lamartine, describiéndome cómo se plañen y lloran las siervas heridas cuando se arrastran en su dolor hasta los manantiales en busca de algún río y se acuestan sobre las matas como deseosas de morir

Iglesia canta la resurrección del Señor, se calienta el huevo en su nido, el feto en sus entrañas, el fruto en sus yemas, y no es hora de matar. Así Rafael me hablaba con elocuencia de la veda natural que pone la



LOS PALCOS POR ASIENTOS, dibujo de Renato Reinicke

en paz y devolviendo, sin haber leído el Evangelio, en quejas dulces y lamidos cariñosos y miradas de amor el mal que se les ha hecho. En estas íbamos cuando se apareció otra ciervecilla, no menos bella y no me-

estación á las cacerías, dado el calor intenso retentivo de los jabalíes en el matorral amodorrados, no habiendo medios de moverlos, el cual calor fatiga los perros también hasta imposibilitarlos de correr. Y á esto añadió uno de los monteros que la caza emigra de laderas expuestas la sol del mediodía, como aquella en que nosotros estábamos apostados, y busca otras más frescas. Y para que cosa ninguna faltase á la fiesta, cayó una res, regalada por D. Juan Calvo á mí, con la cual pienso en Madrid regalarme, no obstante mis poéticos horrores á las matanzas, pues así somos los mortales, con más instintos de conservación que conciencia. Subimos por unas laderas parecidas virgen selva del Trópico, y recordamos las célebres penitencias de D. Quijote aquí en Sierra Morena, donde se quedó con el propósito de ir desencantando á Dulcinea, y se nos ocurrió á todos como no parecía natural que se describiera nuevamente lo descrito por el inmortal maestro de nuestras letras y lenguas. Caía la tarde, cantaban los ruiseñores, las plantas floridas llovían pétalos sobre nuestras cabezas y nos enviaban sus rayos divinos las primeras estrellas



EL ANFITEATRO, dibujo de Renato Reinicke

relucientes entre los arreboles del crepúsculo. Y tras este viaje nos asentamos á una bien provista mesa con un voraz apetito, é hicimos de nuevo la observación hecha en casa de nuestro buen Regino: cómo á sierras tan altas, aisladísimas casi por la carencia de caminos, llevan la noble actividad y el profundo afecto de estos amigos todos los refinamientos de civilización que pueden buscarse allá en la capital de nuestra cultura contemporánea, en París. Una sorpresa nos aguardaba momentos antes de retirarnos á reparar por el sueño las fuerzas gastadas en día tan agitado. Rafael cogió la guitarra y nos cantó esas canciones andaluzas, cuyos melódicos acentos me conmueven como lo más hermoso que hayan producido los dos músicos de mi predilección, Mozart y Bellini. Lo inspirado de la elegiaca letra, lo armonioso del acompañamiento de guitarra que parecía tocar con sus cuerdas las cuerdas de nuestro corazón, la cadencia sublime de aquellas melopeas heleno-semíticas que recuerdan los salmos del Profeta y la guzla del harén, la voz del tenor cantando con una fuerza de maravillosa expresión y con una profundidad de sentimiento tales que llegaron hasta lo más sublime del arte, completaron á una con los recreos producidos por la inspiración los recreos producidos por la naturaleza. Y díjeme al acostarme, pensando en Dios: «Pues así como, sin merecerlo, me has traído á estos rincones de Sierra Morena, también sin merecerlo me llevarás al Trono de tu gloria celestial, donde me parece que los echaré de menos; pero ellos, los sitios recorridos y los amigos encontrados, no echarán de menos jamás, yo se lo aseguro, ni mi recuerdo ni mi agradecimiento.»

Madrid, 15 de abril de 1893

LA MUERTE DEL TÍO

D. Trifino, al sentirse enfermo, se puso muy triste, porque la idea de la muerte le acongojaba sobre manera.

— Micaela, dijo á su criada; yo siento lo que nunca he sentido. Tengo una especie de nudo en el estómago que se me sube hasta la garganta. ¿Qué será esto?

— Puede que sea el histérico, contestó la Micaela. Yo también, cuando me sofoco con el aguador, noto en la boca una cosa así como engrudo que no me deja parar.

— Pues hazme un poco de manzanilla.

— Mejor será que le ponga á usted unos sinapismos.

D. Trifino se metió en la cama dando diente con diente y diciendo que se iba á morir de un momento á otro.

— Mira, Micaela; ahora se me figura que tengo dolor en el hígado.

— ¿En qué hígado?

— En el único que tengo... Anda, frótame en este lado con un calcetín. Hay que provocar la transpiración á toda costa. Cuando hayas frotado bastante, ponme encima una bayeta bien caliente.

Micaela estuvo siendo durante ocho días el ángel tutelar de D. Trifino, hasta que un día fué á sacudir una alfombra y vió á los sobrinos de su amo que subían las escaleras haciendo grandes aspavientos.

— ¿Conque el tío está malo? ¿Conque es decir que lleva ocho días en la cama y nosotros no lo sabemos?, exclamaba el sobrino llevándose las manos á la cabeza.

— Ha debido usted avisarnos, agregaba la sobrina enjugándose los ojos en el manguito.

Y ambos penetraron en la habitación del enfermo dando muestras del más profundo dolor.

— ¡Ay, tío del alma! ¡Qué pena hemos tenido al saber lo que sucede!, exclamaba la sobrina apoyando su mano derecha en la frente de D. Trifino. ¿Qué siente usted?

D. Trifino no contestaba; lo que hacía era meterse en la boca los dos puños y mordérselos silenciosamente.

— ¡Tiiito!, decía el sobrino. ¿Por qué no nos ha mandado usted recado? En estas ocasiones la familia es la llamada á asistir á los enfermos. ¿Qué? ¿No sabe usted demasiado que le queremos muchísimo?

El enfermo clavó sus ojos en aquel matrimonio amante que acudía solícito á asistirle, y dijo después con voz apagada:

— A ver quién de vosotros me da unas fricciones en la rabadilla.

— Los dos, los dos, gritaron á dúo los esposos.

Y comenzaron á pelearse entre sí sobre quién había de realizar los deseos del paciente.

Venció el esposo, que era el verdadero sobrino, y se apresuró á humedecer la mano derecha con aceite

de almendras dulces para frotar al tío, que mordía la sábana con desesperación diciendo de vez en cuando:

— No seas bruto, Eusebio; frota con más suavidad, que no parece sino que estás barnizando una cómoda.

La sobrina, entretanto, había tomado posesión de la casa y daba órdenes á la Micaela, como si todo aquello fuese suyo.

— ¡Ay, pobrecito tío!, decía á lo mejor. ¡Qué pena tendría al verse solo!

— ¿Cómo es eso?, replicaba la doméstica. Pues qué, ¿yo no soy nadie? Sepa usted que, gracias á Dios, no le ha faltado nada.

— Bueno, pero nosotros somos sobrinos y ha debido usted avisarnos, porque para estas ocasiones son los parientes. ¡Ay, tío de mi corazón! ¡Ay, pobrecito!

Y recorría toda la casa revolviendo los cajones para enterarse de lo que había.

— ¿Qué hay en este armario?, preguntaba á lo mejor.

— Ropa blanca, respondía la Micaela.

— ¿Mucha?

— Bastante.

— Pues quiero verla, porque para eso soy pariente del pobrecito. ¿Qué es esto que está tapado con una servilleta?

— Un conejo.

— Y ¿qué hace aquí este conejo?

— Se lo había traído al señor por si lo quería.

— Ha hecho usted mal. Un enfermo no debe comer nada absolutamente. Guíselo usted cuanto antes y póngale usted mucha cebolla, que es como lo comemos en casa.

— Pero...

— No replique usted. Mi esposo y yo nos quedamos aquí hasta que mejore el tío ó hasta que pase á mejor vida, que ojalá no suceda nunca, porque le queremos muchísimo...

A todo esto D. Trifino se iba agravando poco á poco y ya no quería hablar, ni ingerir medicinas, ni hacer gárgaras, y cada vez que le preguntaban sus sobrinos: «¿Quiere usted tomar la cucharada del bismuto?», contestaba él con acento de desesperación: «Lo que yo quiero es que me dejéis en paz, ¡mamarrachos!»

— El pobre delira, murmuraba el sobrino.

— Sí; no tiene sus sentidos cabales, añadía la esposa; porque ya sabes que siempre nos ha querido mucho.

— Sí, sí, murmuraba la Micaela.

D. Trifino se mejoró de pronto y entonces quiso comer y beber y tocar la guitarra. Los sobrinos procuraban complacerle en todo, bailándole el agua y halagándole por cuantos medios tenían á su disposición.

— Mira, Filomena, decía el marido á su mujer; ponte en la cabeza un cucurucho y échale al tío la relación del astrólogo de *El zapatero y el rey* para que se distraiga. Yo le haré un jueguito de manos.

El tío le miraba con ojos indiferentes y concluía por decirles:

— Valiera más que en vez de hacer tonterías os fuerais á vuestra casa á cuidar de los chicos, que estarán, como de costumbre, hechos una porquería.

— Tío, no diga usted eso, contestaba la esposa. El martes, cuando salimos de casa, los estuve lavando á todos. Además, allí he dejado á la niñera para que los cuide.

— Sí, sí, buena estará vuestra casa. Pero ¿á qué habéis venido aquí?

— A asistirle á usted. ¿No es usted nuestro tío?

— Lo soy.

— Bueno, pues tenemos la obligación de no abandonarlo mientras dure la enfermedad. ¿Quiere usted una tacita de flor de malva? ¿Quiere usted que le ponga una cataplasma en la parte superior del bazo?

— Vaya; tome usted unas gotitas de éter con este terroncito de azúcar. ¿Le rascamos á usted en la espalda? ¿Le atamos á usted un pañolito á la cabeza?

El tío tenía la antigua costumbre de cultivar un callo precioso que le había salido en el dedo chiquitín del pie derecho, y en cuanto se sentía un poco mejor llamaba al sobrino para decirle:

— Oye tío, Sinforoso, ya que no tienes nada que hacer, ráspame el callo y ponle encima un poco de algodón en rama.

El sobrino, entonces cogía una navaja, y apoderándose del pie del enfermo se ponía á rasparle el callo con cariñosa solicitud.

— Micaela, decía entretanto la sobrina de D. Trifino, friegue usted con cuidado esos peroles de la cocina, que no me gusta ver las cosas descuidadas. Mañana ó pasado se muere el tío y todo lo que hay aquí tiene que pasar á nosotros.

Micaela no contestaba; pero tampoco obedecía las órdenes de aquella heredera anticipada, limitándose á lanzar un gruñido malicioso.

Cierta noche triste, el tío comenzó á agitarse en el

lecho y á poner en blanco los ojos. Después se llevó las manos al bigote y se arrancó cinco ó seis pelos.

— ¡Esto se va!, dijo por último dirigiéndose á su sobrino.

— No diga usted disparates, contestó éste. Cada día está usted mejor y más guapo.

— Mentira, replicó el enfermo. Siento que se viene la muerte «tan callando...»

— ¡Jesús, tío!, añadió la sobrina. No piense usted en cosas tristes.

A todo esto, el tío echaba por la boca una cosa así como seda negra, y todo se le volvía arañar las sábanas y morder la colcha y volver los ojos como si fuera á arrancarse por peteneras.

— Se muere, se muere, decía el sobrino á su mujer en voz baja.

— Sí; pero es preciso hablarle; debemos de una manera indirecta indagar si ha hecho testamento, aunque de todos modos él no tiene más parientes que tú... Anda, pregúntaselo, dijo la sobrina á su marido.

— Ejj... ejj... ejj..., hacía el enfermo, lanzando un ronquido especial como si estuviera tocando el cornetín.

— Tío, preguntó el sobrino acercándose al lecho del moribundo.

— ¿Qué?, contestó el interpelado.

— ¿Ha hecho usted testamento?

— Sí, dijo el otro con voz apagada.

Los sobrinos se miraban llenos de satisfacción.

— Gracias, volvió á decir el sobrino acercándose al moribundo.

— Todo lo dejo arreglado, murmuró éste.

— ¿Sí?

— Todo... Dejo mis bienes...

— ¿A quién?

— A la Micaela.

LUIS TABOADA

(Prohibida la reproducción.)

TREN DE ESTUDIANTES

Los meses anteriores á las vacaciones de Navidad habían sido verdaderamente desastrosos. Las falsificaciones del amor un poco, otro poco las cenas de última hora y bastante más los azares del juego habían dejado nuestros estudiantiles bolsillos llenos, sí, pero de la más horrible desolación y en el caso de exclamar como la *Consuelo*, de Ayala: «¡Qué espantosa soledad!»

Celebramos consejo para buscar remedio á nuestros males, y fué aquél un verdadero Consejo de ministros, porque parece que también cuando éstos se reúnen convienen en que falta numerario, y á fuerza de dar tortura á nuestras imaginaciones, encontramos un arbitrio para pasar la fiesta de Navidad en compañía de las respectivas familias, pero haciendo el viaje en tercera, con merienda para el trayecto no muy abundante, y sin más que unas pocas pesetas libres por barba para las individuales contingencias de la expedición.

Eramos cinco muchachos, todos de un mismo pueblo — cierta capital del Norte que se gloriaba con nuestro nacimiento, — y los cinco, jóvenes, robustos y alegres. Dos estudiábamos ó debíamos de estudiar leyes; otros dos medicina, y el quinto iba para ingeniero de caminos, aunque no llevaba camino de serlo. Nombramos á éste jefe de la expedición, y el día convenido y á la hora marcada en los itinerarios para la salida del correo estábamos en la estación del Norte dispuestos para el viaje.

Asaltamos un coche de tercera, y ó nadie se atrevió ó nadie quiso hacernos compañía. Ello es que arrancó el tren y llevábamos todo el vagón por nuestro. El ingeniero nos trazó el plan completo del viaje: se empezaría á cenar en Avila, y después de la cena y apuradas unas cuantas botellas de vulgar Valdepeñas que acompañaban á dos pollos, jamón y chorizos en la cesta de las provisiones, el que tuviera sueño dormiría, y los que no, contarían historias ó rezarían el rosario. Pero... pero todos nos sonreíamos incrédulamente al hablarnos de estas dos ocupaciones, porque en el bolsillo del pecho del gabán del ingeniero presunto se adivinaba una baraja.

— ¡Bueno!, dijo el estudiante de medicina número uno, contaremos historias: «Había una vez cierta sota de copas...»

— ¡Una peseta á la contraria!, respondimos todos.

Detúvose el tren en tres ó cuatro estaciones sin que ningún viajero entrara en nuestro departamento; pero en la quinta ó sexta, una estación insignificante, abrióse la portezuela del coche y subió á éste un individuo de sombrero ancho, capa y botas recias, así como un aspecto de campesino admirado ó tratante en caballerías; hombre, en suma, de rústico aspecto,



VISTAS DE LOS PRINCIPALES SITIOS, EDIFICIOS Y MONUMENTOS DE MADRID. (De fotografías.)

que nos dió las «buenas noches» con una voz regañona, sentóse en un rincón lejos de nosotros y se dispuso, á lo que parecía, á dormir sin hacernos maldito el caso.

No fué grande tampoco el que le hicimos nosotros, y sin embargo, yo que era el más próximo á él, fijéme — porque la luz del vagón las alcanzaba en su zona de claridad — en que las botas de aquel hombre no eran botas de campo, propias de palurdo ó labrador, sino botas de caza de señorito que auna en su calzado la comodidad y la elegancia, y fijéme también en que, según las contemplaba con este pensamiento, el hombre en cuestión dirigiéndome una suspicaz mirada retiró los pies hacia la línea de sombra.

Ya la impaciencia y el apetito de mis compañeros hablaban de adelantar la hora de la cena, y el jefe de la expedición, haciéndose lo bastante de rogar para que resplandeciera la importancia de su cargo, dió al fin el anhelado permiso.

Salieron á luz nuestras provisiones y diéronse nuestras bocas á devorarlas, sin hacer sitio más que á las bromas con el gazzate casi lleno proferidas, y que con arte culinario tan excelente envuelven los alimentos en salsa de risotadas, la más apetitosa y apetecible de las salsas conocidas. A fuer de muchachos bien educados, dirigimos cortés invitación á nuestro huésped antes de comenzar la cena; pero él, correspondiendo con unas «muchas gracias» rápidas y secas á nuestra atención, volvió á sumirse en el misterio ó la delicia de su real ó figurado sueño.

Olvidámosle por completo, comimos como se come á aquella edad y en viaje, adelantando al tren con nuestros dientes y sin hacer más estaciones que las de aquel Valdepeñas vulgar, es cierto, y plebeyo, pero que á falta de Burdeos casi nos sabía como si lo fuera.

Terminada la cena nos envolvimos en el humo de nuestros miserables puros del estanco; pero de pronto el estudiante de medicina número dos, que siempre había blasonado de buen olfato, exclamó con voz terrible:

— ¡Aquí hay uno que nos hace traición!
¡Huelo á cigarro habano!

— ¡Cigarro habano!, respondimos todos, presentándole nuestros tagarotes.

Examina y juzga, y era verdad que todos acusaban sin dudas ni distingos su humildísima alcurnia; pero vi que el supuesto ó verdadero campesino arrojó con mano rápida un cigarro que estaba fumando, subiéndose después hasta los ojos el embozo de la capa.

«¡Un labrador que usa tales botas y fuma habanos y que no quiere que se le estudien aquéllas ni se le sorprenda con éstos!.., pensé, ¡Nada, nada, aquí hay gato encerrado!» Mas como en la vida de los jóvenes todo va de prisa, la aparición de la consabida baraja cortó el hilo de mis reflexiones.

Sí, ya estaba la baraja en manos del ingeniero, el cual exclamaba con magistral entonación:

— ¡Ea, muchachos! Si no supiese que sólo se trataba, dada la escasez de nuestros caudales, de un honesto pasatiempo, no os permitiría tal expansión; pero ¡qué demonio! aquí es imposible que corra la sangre!.. ¡Tallo cinco pesetas!

Una manta de viaje convenientemente extendida hizo oficios de mesa de juego, y el jefe de la expedición, convertido en *banquero*, dió comienzo á su faena.

Extendió el vicio sobre nosotros sus tupidas alas negras salpicadas de puntos brillantes como lágrimas, y nos engolfamos en los azares de aquella pobrísima partida con la misma emoción que si se tratara de una brillante jornada en Mónaco ó Monte-Carlo.

Y cuando más distraídos estábamos en nuestras combinaciones, vimos aparecer por encima de nosotros una mano entre cuyos dedos se asomaba una peseta, y oímos una voz que decía:

— Si ustedes me lo permiten...

— Con mucho gusto, respondió el *banquero*.

La peseta quedó sobre la manta de viaje al lado de un siete. El nuevo jugador era el misterioso campesino. Levantó la cabeza y le contemplé á mi sabor, mientras el *banquero* decía «el siete» y doblaba la peseta.

Era un hombre como de cincuenta años, con la piel fina, el rostro todo afeitado, pero ¿cómo lo diré?



LA DISCRECIÓN, alegoría de C. Marr

pero sin *costumbre* de estarlo. Aquella cara había tenido constantemente barba y bigote, y si ahora no los tenía era por azar, pero no por hábito. Además ni el sol ni el aire del campo la habían curtido, y sus ojos eran ojos bien educados, porque también tiene educación la mirada, y en sus finos labios flotaba una sonrisa *de salón*, incompatible con toda idea de labranza y vida aldeana.

Nada, que el campesino aquel era un caballero disfrazado, pero con una suerte tan horrorosa en el juego, que desplumó en un dos por tres al que tallaba, siéndole á éste preciso reponer la banca solicitando al efecto mi amistosa ayuda.

La segunda banca desapareció también, y el estudiante número uno se decidió á tallar y fué igualmente desplumado.

Siguióle el otro de leyes y corrió la misma suerte;

en suma, que el tren volaba y nuestros *capitales* se deshacían. El campesino, ó lo que fuera, jugaba con verdadero ardor y con decidida suerte, y á la hora y media ó las dos horas de juego era dueño absoluto de todas nuestras haciendas, y aun lo hubiese también sido de nuestras vidas á jugarlas.

Afortunadamente andábamos ya cerca de nuestro pueblo, y este pensamiento nos consoló del desastre; pero cuando nos disponíamos á ordenar nuestros bártulos para hacer más rápido el descenso del tren, el misterioso personaje nos dijo:

— Un momento, señores. Yo sé que ustedes son personas de corazón á las cuales se les puede decir todo. Deseo, pero deseo vivísimamente como el mejor favor que ustedes pueden dispensarme, que acepten la restitución de lo que les he ganado en el juego...

Un movimiento de protesta nuestro le hizo repetir:

— Es un favor que nunca les agradeceré bastante y que ustedes ignoran hasta qué punto me llenará de dicha. Deseo, necesito restituirles esas pequeñas cantidades. No vean ustedes en esto una proposición ofensiva, sino por el contrario una obra de piedad que realizan conmigo. Sean ustedes generosos y acepten mis ofrecimientos. ¡Que yo pueda siquiera tener ese consuelo en mis adversidades!

Profirió estas palabras con tan sincero y suplicante acento, que después de mirarnos asombrados, no tuvimos más remedio que decirle:

— ¡Buena, puesto que usted se empeña!..

Y él, llenos de lágrimas los ojos, nos fué entregando con temblona mano nuestras miserables pérdidas sin cesar de repetir: «¡Muchas gracias, muchas gracias!»

Paró el tren, descendimos en la estación ansiosos de abrazar á nuestros parientes, y cuando ya nos alejábamos del coche asomóse él á la ventanilla y nos dijo por última vez:

— ¡Mil gracias, señores, no lo olvidaré nunca!

No insisto en apuntar la serie de suposiciones y comentarios que en los sucesivos días hicimos respecto al misterioso personaje, hasta que cierta noche y reunidos en nuestra acostumbrada tertulia del casino, el estudiante de medicina número uno, que estaba leyendo un periódico, dijo de pronto:

— ¡Él era!

— ¿Quién?, le preguntamos.

— ¡El del tren! Juzgad vosotros.

Y leyó:

«Quiebra importante. Desgraciadamente se han confirmado los rumores que corrían respecto á la quiebra del Banco de Economías, sociedad donde tantas humildes familias tenían depositados sus ahorros. Es un hecho también la desaparición del banquero López, director del Banco, de quien se sospecha que saliendo disfrazado de nuestro país haya ganado el territorio de la vecina República. Alguien asegura haberlo visto en Hendaya, vestido de labrador y con la cara afeitada. Sea ó no esto verdad, hay que convenir en que la quiebra del Banco de que era alma el prófugo banquero obedece más á la desgracia de éste en los múltiples negocios emprendidos para el desarrollo y florecimiento de la sociedad, que á dilapidaciones ó amaños censurables. Muchas honradas y trabajadoras familias pierden con esta quiebra sus modestos capitales; pero tal vez á la pena que esto les produzca iguale la del desafortunado banquero por no poder restituírselos.»

— ¡Sí, era él, era él!, exclamamos todos terminada la lectura del suelto. ¡Lástima de hombre y lástima de Banco!

— Tengo una idea, añadió el ingeniero; por el hombre nada podemos hacer, pero por el Banco sí; se llamaba Banco de Economías, dadme las vuestras; la *sala del crimen* está en su período floreciente. ¡Hagamos una *vaca*, levantemos el Banco!

JOSÉ DE ROURE

NUESTROS GRABADOS

Baco, dibujo de R. Armenise. — El ilustre pintor italiano nos presenta el tipo de Baco modernizado: esa testa de anciano rodeada de pámpanos y racimos, esa sonrisa burlona, sarcástica, y esos ojos de mirada astuta, más que la representa-



EL PRÍNCIPE FERNANDO DE BULGARIA (de fotografía)



LA PRINCESA DE PARMA (de fotografía)

ción del hijo de Semell y Júpiter es la reproducción de un Baco de nuestros días y de nuestros países meridionales. La composición de Armenise es obra artística acabada y pudiera servir de modelo como corrección de dibujo y distribución de clarooscuro.

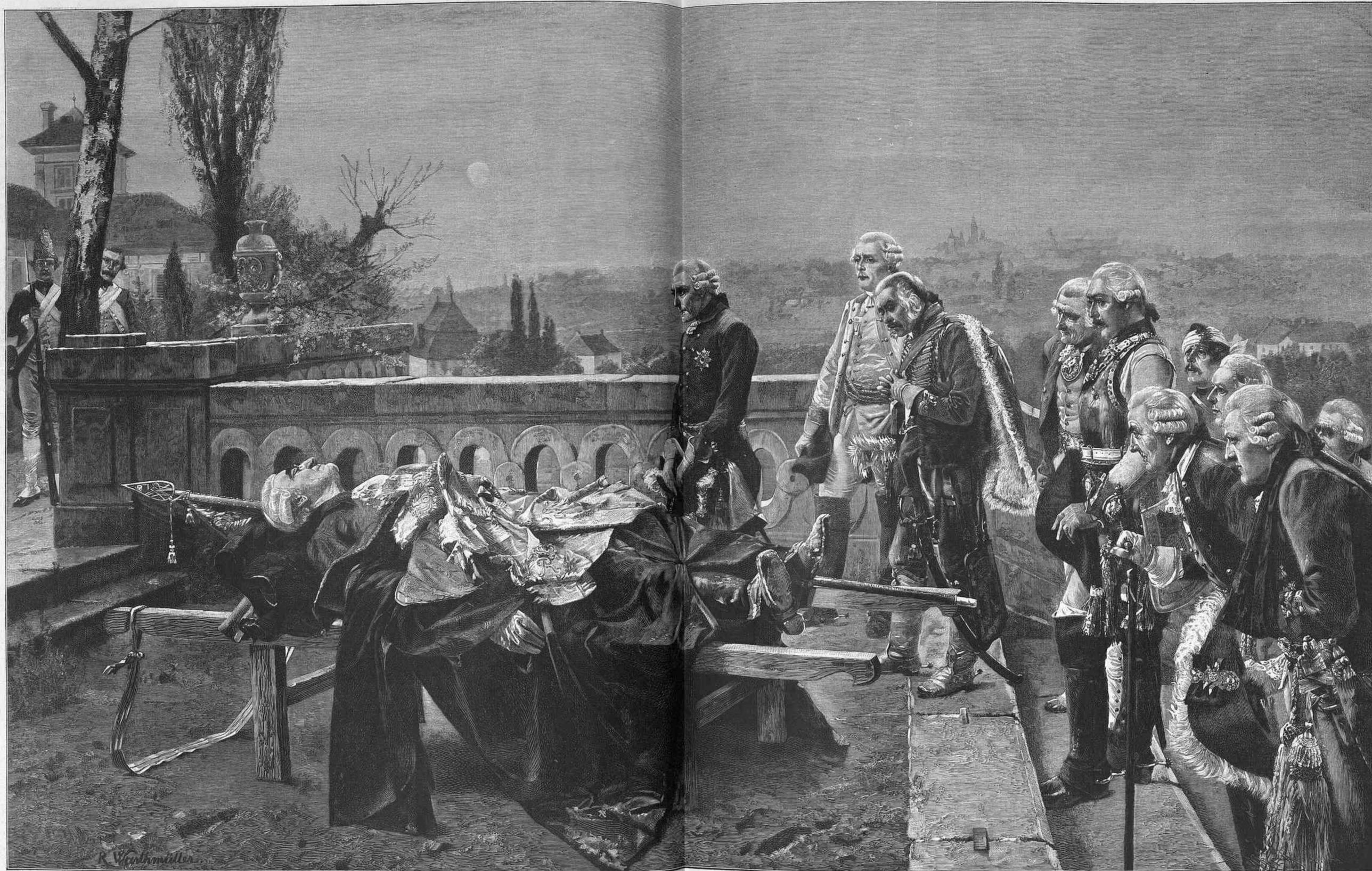
El gallinero. - Los palcos por asientos. - El anfiteatro, dibujos de Renato Reinicke. - Dotado de

un espíritu de observación extraordinario y manejando el lápiz como un consumado maestro, consagra Reinicke principalmente su actividad á reproducir las escenas y los tipos de Alemania, fijándose sobre todo en las clases media y alta. Sus obras son modelo de verdad, además de serlo de corrección, y buena prueba de ello son los tres dibujos que reproducimos y que expresan perfectamente las distintas impresiones que experimentan los que asisten á una representación teatral, según

las localidades que ocupan: por ellos se ve que en Alemania, como aquí, como en todas partes, los verdaderos aficionados, los que van al teatro por la función, no por la concurrencia, los que disfrutan con el espectáculo y aprecian mejor la valía de la obra que se pone en escena son los que llenan el gallinero, las galerías, es decir, las localidades de última categoría; pues los que ocupan las de preferencia hacen por regla general del teatro un centro de reunión como otro cualquiera, van allí



CONCIERTO AL AIRE LIBRE, cuadro de H. Havenith



FEDERICO EL GRANDE JUNTO AL CADÁVER DE SCHWERIN, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE R. WARTHMULLER

para ver y ser vistos, para lucir sus galas y criticar las ajenas y no pocos para charlar mientras los artistas cantan ó declaman, sin reparar en la descortesía que con éstos cometen, ni preocuparse de los que de buena fe á la representación asisten y tienen perfecto derecho á disfrutar de ella sin ser interrumpidos.



EL REY HUMBERTO I DE ITALIA (de otografía)

Vistas de los principales edificios y monumentos de Madrid. - No teniendo espacio en esta sección para describir detalladamente la lámina que reproducimos, nos limitaremos á enumerar los sitios, edificios y monumentos que contiene, citando sólo algún dato de cada uno. Son: la puerta de Toledo, construída por Fernando VII á su vuelta de Francia; la estatua ecuestre de Felipe IV que se eleva en la plaza de Oriente y que fué esculpida por Tacca, según dibujo de Velázquez; la puerta de Alcalá, erigida para conmemorar la entrada de Carlos III en Madrid en 1778; el Congreso de los Diputados con su pórtico corintio, delante del cual se ven dos leones fundidos con cañones tomados á los moros en la guerra de Africa; la plaza Mayor, donde antiguamente se verificaban los autos de fe y se celebraban las fiestas reales, y en cuyo centro se alza la estatua de Felipe III; la iglesia de La Latina, que tiene anejo un hospital fundado en 1499 por Beatriz Galindo; el Palacio Real, imponente y majestuoso edificio, cuya construcción comenzó en 1735 por disposición de Felipe V; el Hospicio con su fachada hecha por Churriguera; el Ayuntamiento ó Casa de la Villa, edificio del siglo XVII de escaso mérito artístico en su exterior; el obelisco del dos de mayo construído en el Prado en memoria de los mártires de la independencia española; el puente de Toledo, de nueve arcos y 385 pies de largo, y la puerta de San Vicente, que acaba de desmontarse de su sitio y que fué construída por Sabatini.

La Discreción, alegoría de C. Marr. - El artista muniquense Marr ha estado felicísimo en esta composición representando á la discreción por medio de una matrona envuelta en amplio manto, que se lleva el dedo á los labios en ademán de imponer reserva: la lechuga y la nieve son sus símbolos y las calaveras que se ven á sus pies significan el silencio de la tumba.

El príncipe Fernando de Bulgaria y su esposa la princesa de Parma. - El reciente casamiento del jefe del principado de Bulgaria ha sido un acontecimiento que no ha dejado de llamar la atención del mundo político europeo, por cuanto aun en esto ha sabido aquél emanciparse de las influencias rusas. El príncipe Fernando, nacido en febrero de 1861 y elegido para ocupar el trono búlgaro en 1887, ha sabido afirmar con su política su situación en aquel elevado puesto que algunos creyeron en un principio insegura y comprometida. A pesar de las aficiones científicas á que por natural carácter es inclinado, ha demostrado que no carece de las dotes suficientes para gobernar un Estado. La elección de esposa ha obtenido el beneplácito de su pueblo, por más que la religión católica profesada por la elegida haya suscitado algunas objeciones. Esta es la princesa María Luisa de Borbón, hija de los duques de Parma, y por consiguiente de la rama española de los Borbones, joven de veintitrés años, apuesta, simpática, instruída y que por estas cualidades no dejará de captarse las simpatías del pueblo búlgaro.

Concierto al aire libre, cuadro de H. Havenith. - Cuando una mano experta trata un asunto cuyos personajes son hermosos niños y escoge para adorno de su composición bellísimas florecitas campestres y para fondo del cuadro un paisaje en plena luz, necesariamente la obra que produzca habrá de resultar encantadora. Tal sucede con el *Concierto al aire libre*, de Havenith, lienzo en el que la idea, las figuras, los accesorios, el conjunto, todo es simpático, todo impresiona dulcemente, todo hace sentir la verdadera emoción estética.

Federico el Grande junto al cadáver de Schwerin, cuadro de R. Warthmuller. - Warthmuller, á pesar de su relativa juventud, hace diez años que figura entre los maestros berlineses que han impreso nueva vida al arte de su patria. Como Menzel, pinta con predilección los episodios de la vida de Federico el Grande, pero produce también obras de género en las cuales se ha acreditado de consumado observador y habilísimo artista, y en la actualidad reside en París para mejor estudiar en su fuente el espíritu modernista que informa al arte de nuestros días. De los muchos y buenos cuadros históricos de Warthmuller repútese como el mejor el que reproducimos: representa al gran monarca junto al cadáver de Schwerin, uno de sus más ilustres y queridos generales, muerto en las alturas de Praga cuando al ver retroceder á los suyos empuñó la bandera y se lanzó sobre el enemigo, arrastrando consigo á los prusianos, que hallaron la victoria donde él perdió la vida. La profunda impresión que este cuadro produce la ha conseguido el pintor por los medios más sencillos: nada de efectos deslumbrantes, nada de teatral afectación; en cambio mucho sentimiento, mucha verdad, que son los elementos que de veras interesan y conmueven.

Los reyes de Italia. - La fastuosa celebración de las bodas de plata de los monarcas italianos tiene hoy fijadas en Roma las miradas de Europa. A ella han asistido reyes y emperadores, príncipes de diversas naciones, y en representación de la reina de España, uno de los magnates más ilustres de nuestra patria, el duque de Alba. Veinticinco años hace que aquellos monarcas contrajeron matrimonio en Turín, el 22 de abril de 1868. El rey Humberto nació el 14 de marzo de 1844 y es hijo de Víctor Manuel II, primer rey de Italia, al cual sucedió en enero de 1878. Casóse con su prima Margarita, nacida en 20 de noviembre de 1851, é hija única del difunto príncipe Fernando de Saboya, duque de Génova, y de Isabel, hija del rey Juan de Sajonia. Han tenido un solo hijo, Víctor Manuel, príncipe de Nápoles, que hoy cuenta 23 años y es heredero del trono. La reina Margarita pasa, con razón, por una de las mujeres más hermosas de Italia.

Juegos infantiles, dibujo de D. Pauluzzi. - ¿Quién no ha presenciado alguna escena parecida á la que este dibujo representa? ¿Quién no ha sido testigo de esos juegos infantiles que son la desesperación de las madres ordenadas y cuidadosas por el desbarajuste que en el ropero y en el menaje introducen y aun por las bajas ó imperfectos que en uno y otro ocasionan? Pues bien: aquellos para quienes el asunto no sea nuevo, no podrán menos de reconocer con cuánta habilidad ha sabido dibujarlo Pauluzzi reproduciéndolo con fidelidad digna de alabanza.

MISCELÁNEA

Teatros. - En el Teatro Libre, de Berlín, se ha representado una comedia de Ernesto Rosner (seudónimo bajo el cual se oculta la esposa de un distinguido abogado de Munich), titulada *El crepúsculo*: en esta obra, sin embargo de resultar un curso completo de cirugía oftálmica, interesa en algunas escenas y revela espíritu de observación y talento dramático.

- En el teatro de Viena se ha estrenado con gran aplauso una ópera cómica del difunto compositor checo Smetana, titulada *La novia vendida*.

- En el teatro Carlo Felice, de Génova, se ha representado con éxito grandioso la ópera *Falstaff*, de Verdi.

París. - Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase, *L'homme á l'oreille cassée*, cuento en tres actos y dos épocas, de Decourcelle y Mars, tomado de la interesante novela de Edmundo About; y en el teatro Cluny, *Corignan contre Corignan*, graciosísimo vaudeville en tres actos, de Rolle y Gascogne.

Madrid. - En el Príncipe Alfonso se han cantado *La Favorita* y *Ernani*, habiendo sido muy aplaudidos en la primera la señora Franchini y el tenor Lanfredi y en la segunda la señora Calligaris y el tenor Galli, y en ambas el bajo señor Riera.

Barcelona. - En el Principal han tenido gran éxito en *La Traviata* la señora Boronat y el señor De Marchi, y en *Lucrecia Borgia* han sido muy aplaudidos la señora Cepeda y el Sr. Masini, especialmente en el dúo final. En el Liceo ha comenzado la temporada de primavera con *La Gioconda*, en la que lograron muchos aplausos las señoras Gabi y Borlinetto y los Sres. Moretti y Pissani y el maestro Marino Mancinelli: en *La Sonámbula* ha obtenido gran ovación la señora Pacini. En Romea se ha estrenado con buen éxito una pieza en un acto, *Pintura si de siglo*, arreglo muy bien hecho del francés por los señores Guasch y Dalmases; y en el Eldorado, con éxito mediano, *Las varas de la justicia*, zarzuela en un acto de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Nieto, hace poco estrenada en Madrid. En el Tivoli se ha puesto con gran lujo la zarzuela en tres actos *El siglo que viene*, de Ramos Carrión y del maestro Caballero, para la cual ha pintado hermosas decoraciones el Sr. Chía y dibujado elegantes figurines el Sr. Labarta. En el Circo Barcelonés se ha despedido la compañía Tani que tantas simpatías y aplausos se ha conquistado en nuestro público.

Bellas Artes. - El segundo premio, de 2.000 liras, del concurso Sonzogno, en que ganó el primero el compositor Coronaro por su *Festa Marina*, ha sido adjudicado á la ópera *Don Páez*, de Ernesto Bonzi.

- Un comerciante de Brema, llamado Teichmann, ha hecho donación á la Galería Artística de aquella ciudad de 12.500 pe-

setas para la adquisición de un cuadro y 50.000 para la construcción de una fuente en el patio de la catedral.

- Rubinstein está componiendo actualmente un Oratorio, *Cristo*, sobre la letra de Enrique Bulthaupt, cuya audición durará dos noches.

- En el Museo Austriaco de Viena se verificará desde 15 de mayo hasta fines de agosto una exposición de objetos artísticos antiguos.

- La Sociedad alemana para el fomento de los procedimientos pictóricos racionales inaugurará en 15 de julio próximo la exposición que tiene proyectada desde 1888 y que comprenderá cuadros antiguos y modernos, pinturas decorativas, obras de la plástica y arquitectura policromas, con especial atención á los materiales y procedimientos en ellas empleados, sistemas de restauración y conservación é instrumentos auxiliares y de enseñanza relativos á la técnica de la pintura y de los colores, utensilios, etc. Durante la exposición, que se cerrará el día 15 de septiembre, la Sociedad celebrará un congreso en el que se discutirán los asuntos relacionados con el objeto de la misma.

- El compositor Leoncavallo, autor de *I Pagliacci*, ha terminado una nueva ópera, *La Bohème*, cuyo argumento está tomado de la tan conocida y notable obra de Enrique Murger.

- En Londres se ha inaugurado la vigésima novena exposición de la Galería M' Lean: figuran en ella pocas obras, pero casi todas buenas, sobresaliendo los siguientes cuadros: *Federico el Grande y los oficiales de su escolta reconociendo el terreno desde lo alto de una colina*, de Seiler, digno de ser comparado con los mejores de Meissonier; *La controversia*, de G. Kuehl; *Jugadores de ajedrez en un café árabe*, de Wilda; *Mujer holandesa*, de Neuhuy; *Mercado de flores en Venecia*, de Laurenti; una escena en la campiña romana, de Pradilla; un tigre y un león, del ruso Vastagh; varios paisajes, de P. Graham, y *Un día de viento en el canal*, bellísima marina de Enrique Moore.

En la Galería de la Fine Art Society, de la propia ciudad, ha llamado recientemente la atención una hermosa serie de cuadros de Jorge Wethesbee, inspirados en la vida campestre en Inglaterra, admirándose en ellos el armónico enlace de la naturalidad con el más delicado sentimiento poético y sobre todo las tonalidades de luz que sólo se consiguen á fuerza de estudiar la naturaleza al aire libre.

- En el salón Schulte, de Berlín, se ha verificado una notable exposición de obras de maestros antiguos y modernos, entre las que llaman la atención las de Knaus, Achenbach, Vautier, Oeder, Munter y sobre todo *El sermón de la montaña*, de Gebhardt.

Necrología. - Han fallecido recientemente:

El Excmo. Sr. D. Juan Romero Moreno, contraalmirante de la armada española y ex ministro de Marina.

Doña Bárbara Lamadrid, eminente actriz española: había estrenado, entre otras, *El Trovador*, de García Gutiérrez (1835), *Los amantes de Teruel* y *Don Alfonso el Casto*, de Hartzenbusch, esta última con el famoso Latorre, y las obras de Zorrilla *Cada cual con su razón*, *El rey loco*, *El caballo del rey Don Sancho*, *La copa de marfil*, *Don Juan Tenorio* y otras. Ha muerto á los 81 años y hacía muchos que se hallaba retirada de la escena.

Martín Pablo Otto, escultor alemán de renombre universal, autor del monumento, aún no terminado, de Lutero, que ha de erigirse en Berlín, de la estatua del emperador Guillermo destinada á Ems, de hermosos retratos, grupos plásticos, etc.

Mauricio Pappermann, profesor de dibujo y pintor de la Real fábrica de porcelanas de Meissen (Alemania) y uno de los mejores artistas de tan importante manufactura.



LA REINA MARGARITA DE ITALIA (de fotografía)

Mr. Vicat Colé, uno de los más ilustres paisajistas ingleses, miembro de la Real Academia de Londres.

Rafael César Garilli, historiador y titerato italiano, autor, entre otras obras, de *Los problemas sobre Europa*, *Estudios sobre Italia*, *Los fastos de Piacenza*.

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Como réplica á estas solicitudes del maestro el discípulo había formulado por su parte otras dos: primera, no pagar á Sauval su participación; segunda, rescindir el contrato celebrado con la fábrica de productos químicos para la provisión de los mismos. Pero el maestro no quería oír siquiera hablar de esto: una vez que él empleaba su tiempo y sus conocimientos en el asunto, la participación



Barincq, por consiguiente, con la maleta en la mano comenzó á recorrer el camino con animado paso

debía serle pagada; una vez que el contrato se había cerrado, era necesario que fuese cumplido; si Barincq no entendía una palabra en asuntos comerciales, debía sin embargo saber, como todo hombre honrado, que no es lícito volverse atrás después de adquirir un compromiso.

Solamente por evitar procedimientos de justicia, de los cuales se asustaba Barincq, había aceptado éste las proposiciones de Sauval, que parecían ofrecerle una seguridad absoluta; pero ante la doble negativa del maestro, había sido necesario que se resolviese á pleitear de nuevo; de su matrimonio le había nacido una hija; Barincq no podía permitir que se la arruinasen, así como no podía tampoco permitir que la avaricia ó la mala fe de Sauval devorase la fortuna de su mujer, fortuna ya gravemente comprometida. Barincq había pedido, por consiguiente, á los tribunales el nombramiento de peritos encargados de examinar si el procedimiento de Sauval era susceptible de aplicación industrial, y de certificar que si en el laboratorio daba resultados admirables, en la práctica no los daba de ninguna clase; de reconocer, en fin, que no estando sostenidos esos procedimientos sobre una base seria y sólida, lo que Sauval había vendido á su discípulo no representaba absolutamente nada.

¡Qué asombro y qué indignación experimentó el sabio!

Creía Sauval, sin embargo, haber adoptado todas las precauciones necesarias no tratando para este asunto con uno de esos mercaderes de oficio que sólo compran un descubrimiento con el propósito de despojar al inventor; pero lo terrible es que el mercantilismo parece contagioso, y que el menos aficionado al comercio, sólo con que en asuntos comerciales se mezcle se transforma en comerciante.

Indudablemente Sauval (casi lo decía él) se había sacrificado renunciando sin dificultad á los beneficios que representaban el precio de su trabajo, y sobre este punto estaba dispuesto á toda clase de concesiones; existía, sin embargo, en las pretensiones de Barincq otro punto sobre el cual su posición científica no le permitía ni admitir discusión siquiera, tal era el de admitir la intervención de peritos que en el terreno de la ciencia nunca podían ser sus iguales.

Era menester, por consiguiente, que Sauval se defendiera y no tolerase que su persona, el sabio, fuese explotado una vez más por el comerciante.

Habíase arrastrado lentamente por unos tribunales y por otros y desde una jurisdicción hasta otra jurisdicción, y en tanto que la curia levantaba montañas de papel sellado para explicar detenidamente el tecnicismo de las materias colorantes á dos francos el pliego; mientras que los abogados hablaban, peroraban

y reproducían, cada uno desde su punto de vista, la historia de la química; mientras los jueces escuchaban ó dormitaban ó juzgaban, obscurecíase la situación comercial de Barincq, el cual cada día que pasaba parecía hundirse un poco más. Habría sido menester gran capital para conseguir que su casa siguiese adelante y sostener entretanto sus pleitos, y solamente realizando al mismo tiempo verdaderos milagros de energía y sacrificios desesperados se sostenía.

Cuando Barincq vivía por sí mismo, sin auxilios de ninguna clase, rodeado solamente por las ideas que agitaban su cerebro, había podido abandonar con indiferencia la mayor parte de su herencia paterna; en sus apuros grandes, acosado por todas partes, medio loco, volvió á Ourteau con el propósito de exponer á su hermano la situación en que se hallaba y suplicarle que le salvase del naufragio, consintiendo en dar una garantía hipotecaria por la cantidad de ciento cincuenta mil francos. Aunque la palabra hipoteca sonó de una manera muy desagradable en los oídos de Gastón, la garantía fué otorgada, aunque no sin inquietud, sin vacilaciones ni regateos.

— Toda vez que tú, mi hermano menor, tienes necesidad de mí, mi obligación es acudir en tu ayuda.

Aquellos ciento cincuenta mil francos habían sido una gota de agua en el mar. Seis meses después de su inversión el acreedor exigía por conducto de alguaciles al fiador el pago de los intereses que el primer deudor no podía satisfacer.

Las relaciones entre los dos hermanos, hasta entonces tan afectuosas, agriéronse con este motivo: ¡un alguacil en el castillo! Aquella era la primera vez que ocurría un escándalo parecido; la carta que notificaba esto á Barincq había resultado excesivamente dura á pesar del empeño de Gastón en ser comedido.

«¿No has pensado en que el alguacil podría llenar, como ha sucedido, los huecos del acta con el nombre de uno de mis criados?»

Para suavizar las asperezas de esta situación la señora de Barincq había pensado trasladarse á Ourteau con su hija; Gastón era al fin y al cabo tío de Anie, que podía heredar de él; convenía por consiguiente tenerle contento.

Peró la madre de Anie no allanó las dificultades, antes las hizo mayores insistiendo con impertinencia en la generosidad que su marido había demostrado cuando se trató de repartir la herencia paterna. ¿Cómo había de admitir el primogénito eso de la generosidad si estaba convencido de que su hermano menor no había hecho otra cosa sino cumplir sencillamente sus obligaciones?

Cuando transcurridos ocho días la señora de Barincq y su hija abandonaban el castillo para regresar á París, la ruptura entre los dos hermanos era ya irreparable.

Los pleitos se prolongaron todavía durante diez y ocho meses, al cabo de los cuales una sentencia definitiva declaraba la nulidad de los privilegios de invención comprados á Sauval; por desgracia era ya demasiado tarde; Barincq había agotado ya todos sus recursos y no tuvo más remedio que abandonar á sus acreedores lo poco que le restaba, y solamente á la intervención generosa de Sauval fué debido que no se le declarase en quiebra.

Un amigo suyo le recogió casi de lástima en la casita de Abrevoir, y el director de la *oficina cosmopolita de los inventores*, director que tanto dinero había ganado con Barincq, le daba la plaza de delineante, retribuída con doscientos francos al mes de honorarios.

IX

A las seis de la madrugada se detuvo el tren y se apeó Barincq en la estación de Puyoo; desde allí hasta Ourteau era necesario andar dos leguas en medio del campo. En otros tiempos encontraba Barincq á su llegada un coche que había ido á esperarle, y que después por la carretera, cuya longitud era de unos cuatro kilómetros, le llevaba al castillo; pero Barincq no había querido pedir este carruaje por medio de telegrama, y lo mal provisto de su bolsa no le permitía tomar uno en la misma estación. Además aquella caminata de dos leguas no le asustaba, como no le asustaba tampoco el camino de travesía, que conocía perfectamente; el tiempo era hermoso y apacible, el sol acababa de salir en un cielo sereno, y después de una noche pasada inmóvil en un vagón, aquel paseo no dejaba de tener atractivos; Barincq, por consiguiente, con su maleta en la mano, comenzó á recorrer el camino con animado paso.

No anduvo mucho tiempo de esta manera; al llegar al puente detúvose para contemplar las aguas del Gave, acrecentadas por las nieves derretidas y que corrían entre las verdes riberas reflejando los rayos oblicuos del sol naciente; Barincq acababa de dejar su jardín, cuyas lilas apenas si daban señal de brotes, y se encontraba aquellos árboles corpulentos llenos de follaje festoneando la corriente del Gave, sobre la cual elevábanse las esbeltas torres del antiguo castillo de Bellocq. ¡Qué frescura había en todo aquello, qué belleza y qué gracia! ¡Y para Barincq, cuántos recuerdos! Pero lo que más aún que el ruido de las aguas bulliciosas y el cielo azulado y la verde arboleda despertó súbitamente en Barincq las impresiones de sus años juveniles, fué la vista de una carreta que llegaba á la sazón por el otro extremo del puente: estaba construída con un tronco de abeto cuya corteza no había sido quitada todavía y colocado sobre cuatro ruedas con troncos de avellano por rayos; dos bueyes cubiertos con lienzo y encapuchados con terliz azul arrastraban lentamente el vehiculo, y delante de ellos caminaba el conductor llevando al hombro la chaqueta, una faja encarnada á la cintura, calzados los pies con alpargatas y con la vara de pincho en la mano; para preservarse del sol había tirado un poco hacia delante su boina, que formaba así una especie de visera sobre sus ojos brillantes y sobre su rostro recién afeitado.

¡Cuántas veces el mismo Barincq había caminado así delante de esas parejas

de bueyes con la aguijada en la mano produciendo indignación en su hermano, para el cual no había más entretenimiento que la caza, la pesca y la equitación y que le echaba en cara sus aficiones de palurdo.

Después de un saludo cambiado con el carretero, continuó Barincq su camino, y en lugar de seguir por la carretera tomó por el antiguo sendero que subía directamente a la colina.

Ya en otra ocasión había visto en una mañana parecida a aquella los mismos sitios con los mismos accidentes.

A consecuencia de la presentación de una epidemia, el colegio en que él y su hermano estudiaban había sido cerrado y los alumnos despedidos. El tren procedente de París había dejado a Gastón y a él en la estación de Puyoo a aquella misma hora. Como nadie estaba prevenido de su regreso, nadie les aguardaba en la estación, y en vez de alquilar allí un carruaje se habían entregado al placer de lanzarse a la carrera a través de los campos para sorprender a su padre. Todo permanecía igual en aquel pedazo de campo; y sin embargo, ¡qué de cambios, cuántas tristezas en la vida de Barincq! Su padre, su hermano... ya no existían; él vivía aún, pero tan violentamente sacudido por la desgracia, que era verdaderamente milagroso que no hubiese sido el primero en desaparecer. ¡Cuántos en su lugar se hubieran desalentado! El mismo habría cedido seguramente a la desesperación si no hubiese luchado por los suyos. El auxilio que le llegaba de ellos había sostenido hasta el fin: una sonrisa, una caricia, una palabra de su hija, su mirada, la música de su voz.

En lo más elevado de la colina Barincq se detuvo, y dejando su maleta al pie de un árbol, se sentó en el tronco de un castaño, que tendido sobre la hierba esperaba a que los caminos estuviesen bastante secos para que fuera posible bajarle hasta el taller de aserrar.

Como Barincq sólo había empleado una hora en la subida y no había de emplear más de cuarenta ó cincuenta minutos en la bajada, pudo, sin temor de retrasarse, permanecer allí un momento en reposo y contemplando el espléndido panorama que se presentaba a su vista.

Poco a poco aquella contemplación de horizontes tan conocidos evocó tristes recuerdos de tiempos felices cuya memoria contrastaba dolorosamente con las amarguras de ahora: por todas partes el vacío, el silencio, y allá en la espaciosa estancia del primer piso del castillo, en aquella estancia en que él había nacido, en aquella estancia donde su padre había muerto y que su imaginación le representaba con toda exactitud, parecía ver a su hermano durmiendo para siempre el último sueño.

Esta evocación que le presentaba a Gastón como si por las ventanas abiertas le hubiese visto rígido sobre su ataúd, le oprimió el corazón, y alrededor suyo se nubló todo porque sus ojos se llenaron de lágrimas.

X

Para desechar tan tristes memorias y combatir su melancolía, Barincq recogió nuevamente la maleta y prosiguió su camino.

Cuando oyó dar las ocho en el reloj de la iglesia llegaba Barincq a las primeras casas del pueblo, entonces le ocurrió la idea de visitar ante todo al notario Revenacq; era este notario un camarada de colegio y con él hablaría libremente. Si Gastón había hecho testamento en favor de su hijo natural, Revenacq habría de estar enterado y podía indudablemente darle a conocer las disposiciones en ese documento contenidas.

El carácter de su hermano, impulsado al rencor, de una parte, y de otra el cariño y los cuidados que había manifestado siempre por aquel joven, eran motivos bastantes para sospechar que ese testamento existía; pero al fin y al cabo no era una ilusión de heredero figurarse que aun instituyendo a su hijo legatario universal hubiera podido y hubiera debido dejar también algo para Anie. En realidad la fortuna de que Gastón había disfrutado no era una fortuna adquirida por su industria personal y aumentada por el propio trabajo, de la cual por lo tanto pudiera disponer libremente sin necesidad de dar a nadie cuenta de sus intenciones; no, era una fortuna patrimonial sobre la cual, por consiguiente, tenían sus herederos naturales cierto derecho, si no legal precisamente, moral sin duda. Pues bien: Gastón tenía un heredero legítimo, que era su hermano, y si podía desheredar a este hermano con arreglo a lo establecido en la ley, no faltaban tampoco razones en que apoyar esta determinación ni motivos con que justificarla: rencor, hostilidad y sobre todo convencimiento de que su legado, si alguno dejaba, sería derrochado; pero ninguna de estas razones, que a Barincq podían ser aplicadas, existía para Anie, que nada le había hecho, contra la cual Gastón no tenía resentimiento alguno y que además era su sobrina. En tales condiciones era muy difícil imaginar que Anie no figurase en el testamento con un legado cualquiera; por pequeño que este legado fuese, para ella sería la fortuna, y más aún que la fortuna, el único medio de evitar ese desgraciado matrimonio para el cual estaba ya resignada.

Dos minutos después penetraba en el estudio del notario, donde se encontró a un escribientillo que se disponía a barrer la habitación.

— ¿Quiere usted hablar al Sr. Revenacq?, preguntó el chico.

— Sí, amigo mío.

— Voy a buscarle.

Casi en seguida llegó el notario; pero al pronto desconoció a su antiguo camarada, y saludándolo ceremoniosamente dijo:

— Caballero...

— ¿Es necesario que dé mi nombre?

— ¡Tú!

— ¿Muy cambiado a lo que parece?

— Como no has contestado a ninguno de mis telegramas ya no te esperaba, porque te he enviado dos y además te he escrito...

— No te he respondido porque desde luego pensé venir. ¿Pudiste creer que dejaría yo enterrar a mi pobre Gastón sin darle mi última despedida?

— ¿Y has venido a pie desde la estación de Puyoo?, dijo el notario sin responder directamente a su amigo y mirando la maleta que Barincq había colocado encima de una silla.

— Ha sido un paseo; mis piernas están todavía fuertes.

— Entremos en mi gabinete.

Después de hacerle sentar en un sillón de palo de cerezo y de sentarse el notario en el más próximo a su mesa de escritorio, continuó el notario:

— ¿Y tú cómo estás? ¿Y la señora Barincq?

— Gracias por todo, amigo mío. Por ahora estamos bien; pero háblame de Gastón; tu telegrama fué para mí lo mismo que un rayo.

— Eso es lo que ha sido para todos esta muerte. Ya hace unos dos años que la salud de Gastón, salud que hasta entonces había sido excelente, comenzó a quebrantarse; pero en realidad sin que ese quebrantamiento presentase síntoma alguno grave, al menos para él ni para nosotros. Presentóse alguna vez un ántrax que se curaba por sí solo y solía reproducirse y para el cual Gastón no quiso llamar al médico, porque su sistema era, según él decía, que el mejor tratamiento para toda clase de enfermedades era despreciarlas. ¿Es cosa de que se alarme uno por un divieso? Sin embargo, empezó a estar menos robusto, menos vigoroso, menos activo; un esfuerzo cualquiera le fatigaba; renunció a montar a caballo y muy poco tiempo después hubo de renunciar asimismo a salir a paseo en carruaje, limitándose a recorrer por un rato corto el parque ó los jardines del castillo. Al propio tiempo su carácter cambió casi por completo inclinándose a la melancolía y agriándose de un modo extraordinario; se hizo regañón, áspero y desconfiado. Llamo tu atención sobre este particular porque necesitaremos probablemente hablar de esto alguna otra vez. Un día se quejó Gastón de un dolor violentísimo en una pierna y tuvo necesidad de quedarse en cama. Fué necesario llamar al médico, el cual diagnosticó un absceso interno para el cual prescribió un tratamiento sencillo de cataplasmas. El absceso curó y Gastón pudo levantarse; pero es evidente que no estaba restablecido del todo, había perdido por completo el apetito y no había manera de hacerle conciliar el sueño. Sin embargo, poco a poco iba notándose mejoría y hasta puede asegurarse que recobró, al parecer, su buena salud; lo que no volvió a recobrar nunca fué su buen humor.

— ¿Tenía Gastón razones particulares de disgusto?

— Tal creo; mejor dicho, estoy seguro de que las tenía, si bien nunca me confió nada por completo; verdad es que nunca dijo a nadie nada, ni a mí ni a los otros. Gastón me honraba con su confianza en todo aquello que se refería a sus negocios, pero en lo que respecta a sus sentimientos personales ha sido siempre absolutamente reservado, y en estos últimos tiempos más que nunca; verdad es que un notario no es un confesor. Pero ya volveremos a hablar de esto. Terminaré lo que hace referencia a su enfermedad y a su muerte. Te he dicho ya que en el estado general de Gastón advertíamos todos cierta mejoría; con la llegada de la primavera había recobrado su afición a pasear y salía diariamente, lo cual nos hizo esperar a todos que transcurrido algún tiempo tomaría nuevamente su antiguo género de vida; a su edad esto nada tenía de inverosímil. Así las cosas, anteayer se entró precipitadamente en mi despacho el cochero Estanislao, y me anunció que se había puesto muy malo; que estaba pálido, sin movimiento, sin voz y que no había manera de hacerle que volviera en sí. Corrí al castillo. Cuan-to en él se hizo resultó inútil. Sin embargo, envié en busca del médico, que no pudo hacer otra cosa que certificar el fallecimiento, el cual, según la opinión del facultativo, había sido ocasionado por una hemorragia interna, consecuencia quizás de los ántrax ó del absceso de la pierna, cuyos humores haciéndose sólidos habrían podido obstruir una arteria.

— ¿La muerte fué repentina?

— Completamente.

Reinó un instante de silencio, y el notario, conmovido por su relación, no procuró distraer el dolor de su antiguo discípulo. Luego que ambos se hubieron tranquilizado un poco, Revenacq continuó diciendo:

— Te he dicho ya que Gastón se mostró en sus últimos años triste y sombrío; debo insistir en esto porque el punto es para ti de interés preferente; sin embargo, aunque mi deseo de aclararlo todo es muy grande, no podré hacerlo porque en muchas cosas estoy reducido a meras suposiciones; todos los razonamientos del mundo no pueden sustituir a los hechos, y precisamente los hechos concretos son los que desconozco. Aunque, según te he dicho ya, Gastón no me ha explicado confidencialmente nada que con sus sentimientos se relacionase, las causas de su tristeza y de sus inquietudes no son un misterio para mí: provenían indudablemente, por una parte, de vuestro rompimiento; por otra, de una duda que ha envenenado su existencia.

— ¿Una duda?

— Sí; la que abrigaba acerca de si el capitán Sixto era efectivamente hijo suyo ó no lo era.

— ¿Cómo?..

— Inmediatamente hablaremos del capitán; concluyamos ahora con lo que se refiere a ti. Si tu enemistad con tu hermano ha podido ocasionarte tristezas, seguramente no se las ocasionó a él menores, y acaso mayores que las tuyas, si se tiene en cuenta que tú en esa ruptura de relaciones eras, si así puede decirse, puramente pasivo, mientras que Gastón era activo; tú habías de limitarte a sobrellevar las consecuencias de aquel estado de cosas, él podía ponerles término, bastando para esto que pronunciase una palabra; vacilando y luchando constantemente entre si la diría ó no la diría: he sido testigo de esas luchas y de esas vacilaciones; puedo afirmar que unas y otras le hacían muy desgraciado; realmente han sido el tormento de sus últimos años.

— ¡Nos habíamos amado tan tiernamente!

— Gastón no dejó de quererte nunca.

— ¿Cómo no le conmovieron mis cartas?

— Porque en el momento de recibirlas pagaba tu hermano los intereses de aquella cantidad por la cual te había dado su garantía, y la contrariedad que aquel gasto le ocasionaba mantuvo su exasperación y su resentimiento.

— Dada su situación, aquel gasto era, sin embargo, de muy poca importancia.

— Es necesario que sepas, y ahora puedo decírtelo, que precisamente cuando los vencimientos de pagos de los intereses de aquella garantía llegaron, acababa de perder Gastón una suma de gran entidad en un círculo de Pau; suma que no pudo pagar sin haber contratado un empréstito. Esto complicó sus negocios y Gastón se encontró apurado. Todavía lo estuvo mucho más cuando los efectos terribles de la filoxera primero y después del mildew destruyeron completamente su cosecha de uva. Otro cualquiera en su lugar habría procurado combatir aquellas enfermedades de sus viñas; Gastón no quiso hacerlo; habría sido preciso realizar gastos que él, según decía, no estaba en disposición de sufragar por culpa tuya. La verdad es que tu hermano no creyó nunca en la eficacia de los remedios empleados en otras partes, y que, por apatía ó por terquedad, dejaba que las cosas marchasen como esperando que la casualidad le trajese un cambio cualquiera, y al hacerlo así declinaba toda la responsabilidad sobre los que le condenaban a permanecer con los brazos cruzados. Así ocurrió que todas sus

viñas se perdiesen. ¿Te haces ahora cargo de su situación? ¿Comprendes la violencia de su enojo?

- ¡Ay! Sí la comprendo.

- Como, á pesar de todo, Gastón no podía, teniendo las rentas de que dispuso siempre, estar apurado mucho tiempo, llegó el caso de que sus economías le permitiesen devolver, no solamente la cantidad por la que había sido fiador tuyo, sino también la que él había tomado á préstamo para pagar sus deudas de juego. Esperaba yo esa ocasión con cierta confianza, figurándome que cuando tu recuerdo no fuese evocado en la memoria de Gastón por vencimientos de pagarés, la reconciliación sería posible; que cuando tu hermano dejase de experimentar contrariedades por tu causa, renacería vuestra antigua amistad: sigó creyendo aún que así habría sucedido si Gastón, completamente aislado, no hubiese podido hallar sincero cariño sino en ti ó en tu hija; pero precisamente entonces hubo alguien que se interpuso entre vosotros y que vino á ser la rémora de aquella reconciliación: ese alguien fué el capitán Valentín Sixto; te dije antes que hablaríamos de él; ha llegado la ocasión de que hablemos.

- Te escucho.

- ¿El capitán es ó no es hijo de tu hermano? Esta es la pregunta que me dirijo á mí mismo todavía, sin poder por mi parte contestar con certeza absoluta, si bien es verdad que casi todo el mundo responde á ella afirmativamente; pero como es evidente la duda que sobre este punto abrigaba el mismo Gastón, quien, sin embargo, debía de tener, como es natural, datos que á todos los demás nos faltan y razones que todos desconocemos para creer en su paternidad ó dudar de ella, no puedes extrañar que yo permanezca dudando. Además, acaso sepas más que yo ó por lo menos tanto como yo en este asunto, porque cuando ese niño nació estabas en muy buenas relaciones con tu hermano.

- Nada me dijo entonces de la señorita Dufourcq; y andando el tiempo, supe solamente lo que todo el mundo decía: dos ó tres veces intenté hablar de eso con Gastón, pero mi hermano eludía el contestarme y procuraba variar de conversación como si aquella le molestara.

- Le molestaba efectivamente porque hacía surgir en su espíritu una duda que le atormentó hasta su muerte; diré más, que fué la desesperación de toda su vida. Hace ahora unos treinta años que conoció Gastón á las señoritas Dufourcq, que habitaban á dos kilómetros próximamente de Peyrehorade, en lo más elevado de un cerro, en el sitio en que la carretera de Dax entra por la llanura. Existía allí en otros tiempos una hostería al frente de la cual estaban sus amos, el padre y la madre de las señoritas Dufourcq. A la muerte de sus padres, las dos muchachas, que eran inteligentes y que habían recibido cierta instrucción, tuvieron el talento de comprender el partido que podrían sacar de aquella herencia transformando la hostería en una especie de casa alquilable para enfermos ó convalecientes que quisiesen disfrutar el clima de Pau en medio del campo y no en el interior de la ciudad. Ya conoces el sitio.

- Lo conozco y aún recuerdo perfectamente la antigua hostería.

- No tengo que decirte entonces que la situación es inmejorable y las vistas son excelentes; esto fué lo que atrajo á muchos extranjeros no menos que la transformación llevada á cabo por aquellas hermanas laboriosas é inteligentes, en su hostería, ya vieja, que resultó convertida en habitación muy cómoda, con buenos muebles, jardines agradables, excelente cocina y esmerado servicio. De la mayor de estas jóvenes, Clotilde, nada hay que decir; era una persona que procuraba no llamar hacia sí la atención de nadie y sólo pensaba en arreglar su casa; por el contrario, de Leontine, la hermana menor, sí hay que decir bastante: coqueta y muy linda; linda hasta el punto de producir gran impresión, coqueta hasta el extremo de no rechazar á ningún hombre. Visitando en casa de las hermanas Dufourcq á un su amigo que se había establecido allí para cuidar á su esposa enferma del pecho, conoció tu hermano á Leontine y se enamoró de ella. Comprendes perfectamente que una muchacha del carácter de Leontine no rechazaría á un hombre como el Sr. de Saint-Christeau. ¡Qué gloria para ella contarle entre sus apasionados! Ambos se amaron; cada dos días Gastón hacía un viaje de treinta kilómetros para saber cómo seguía la esposa de su amigo. ¿Hasta dónde podrían llegar esos amores? ¿Pensó Leontine Dufourcq que acaso pudiera ser andando el tiempo la esposa de Saint-Christeau? Demasiado era esto para una muchacha de sus condiciones. Gastón, por su parte, dominado por su pasión, ¿dió palabra de casamiento á Leontine para obtener el triunfo y derrotar á un inglés joven, muy rico y enfermo que habitaba en la casa y proponía á Leontine, según se dijo, que le aceptase por esposo? Lo ignoro, porque me han enterado de esta historia, si así puede decirse, por fragmentos; un poco éste, otro poco aquél y en resumen de un modo incompleto y hasta con datos contradictorios. Lo que hay de cierto es que Leontine quedó encinta. ¿Por qué en aquel momento no se casó Gastón con ella? Probablemente porque desconfió de obtener el consentimiento paterno, que de seguro ni aun se habría atrevido á solicitar. ¿Imaginas tú el furor de vuestro padre cuando se hubiese enterado de que su hijo mayor pretendía casarse con la hija de un mesonero?

- Nuestro padre no hubiese concedido nunca su permiso; habría preferido mil veces romper con Gastón á pesar de su debilidad para con el primogénito.

- No se llegó á ese extremo, y si vuestro padre llegó á tener noticias de las relaciones de su hijo con Leontine, es indudable que las consideró solamente como un amorío sin consecuencias. Además, mucho antes de que el estado de Leontine fuese visible, la joven abandonó su domicilio de Peyrehorade para trasladarse á Burdeos, donde permaneció oculta algún tiempo; en el país se dijo que Leontine había ido á pasar una temporada con otra hermana mayor, casada en Champagne. Todas las semanas Gastón iba á Burdeos; en Royán se les encontraba juntos. Al mismo tiempo que Leontine salía de Peyrehorade, Arturo Burn, el inglés joven y enfermo de quien te he hablado antes, dejó también la casa; se ha dicho que les habían visto á él y á ella en Burdeos; ¿es verdad ó es mentira? Lo ignoro; pero cualquier cosa puede creerse de una mujer tan coqueta como ella; para el caso en que no pudiera ser la esposa de Gastón, que era lo que probablemente Leontine debía preferir, la joven conservaba á su inglés, condenado á prematura muerte y al que era fácil no disgustar. ¡Cosa extraordinaria! No fué el enfermo el que falleció, fué la hermosa joven, sana y robusta; un mes después de haber librado murió casi repentinamente. El niño no había sido reconocido por Gastón, que sin duda se proponía legitimarle por medio del matrimonio cuando pudiese hacerlo. Clotilde, la tía del niño, lo llevó consigo á Peyrehorade y lo educó como su sobrino, si bien diciendo que era hijo de su hermana mayor, la casada en Champagne. Pasaron años, de los cuales nada sé sino que Gastón iba á ver al niño alguna vez en casa de su tía, y que cuando llegó el momento de ponerle en el colegio de Pau, tu hermano sufragó los gastos. El

muchacho fué desde un principio un alumno aplicado, estudioso, inteligente y consiguió ingresar en la escuela de Saint-Cyr con muy buen número. Vistiendo el uniforme de colegial de Saint-Cyr vino por primera vez al castillo, donde pasó una gran parte de las vacaciones dedicado á montar á caballo, á la caza y á la pesca. Para los que no habían olvidado los amores de Gastón con Leontine, aquella permanencia del muchacho en el castillo fué como el principio del reconocimiento de su hijo por el padre; pues para todo el mundo Valentín era indudablemente hijo de Gastón; nadie dudaba de esa paternidad; y yo mismo, que hasta entonces había tenido muchas dudas...

- ¿Y existía algún fundamento para esas dudas?

- Solamente los que resultaban del hecho de no haberle reconocido Gastón; para mí, sin embargo, eran de bastante peso, porque en un hombre del carácter de tu hermano era imposible admitir que creyendo hijo suyo á aquel joven no le diera su nombre; cuando no lo hacía así, era porque sin duda algo se lo impedía, y no dependiendo él de nadie, este impedimento no podía ser otro que la desconfianza nacida en el espíritu de Gastón con motivo de las relaciones que habían existido entre Leontine y Arturo Burn. ¿Qué relaciones habían sido éstas? ¿Inocentes ó culpables? Perspicaz había de ser quien pudiera decirlo al cabo de veinte años y cuando Leontine y Arturo habían muerto ya llevando á la tumba su secreto. Como quiera que fuese, Gastón no se atrevía á decidir, toda vez que no reconoció á aquel hijo, para él dudoso. Interesarse por él, cobrarle afecto, si podía hacerlo, y en justicia debo decir que el joven merecía aquel interés; y sin embargo, Gastón, que tanto cariño le demostraba, no se atrevía á reconocerle, á darle su nombre, á constituirle en heredero, á considerarle como continuador de los Saint-Christeau. He visto esos escrúpulos, mejor dicho, los he adivinado; he asistido á esas luchas que en la conciencia de Gastón libraban dos deberes igualmente poderosos: de una parte, el que pensaba tener con respecto al joven; de otra, el que le imponía el respeto á su nombre y á su linaje; te aseguro que eran empeñadas aquellas luchas.

- ¿Pero no llevó á cabo investigaciones? ¿No pudo intentar una información?

- ¡Después de veinte años!.. ¡En un asunto de esta naturaleza!.. Es cierto, sin embargo, que Gastón debió de reunir todas las noticias que pudiesen darle alguna luz sobre la materia; pero es cierto también que indudablemente no han sido demasiado claras cuando no han determinado el reconocimiento de Sixto. Las cosas continuaron así, sin que ni mi mujer ni yo nos atreviésemos á decidir si se realizaría ó no se realizaría ese reconocimiento; nos inclinábamos á negarlo unas veces, lo afirmábamos otras, pero vacilando siempre. Valentín, cuando salió de la escuela de Saint-Cyr, llegó á ser oficial de dragones, entró poco tiempo después en la escuela militar, de la cual salió con el número tres. Gastón, orgulloso de él, tenía constantemente el nombre de Valentín en los labios, y siempre que el joven obtenía una licencia la pasaba en el castillo; un padre no hubiese manifestado más ternura con su hijo; un hijo no habría sido más cariñoso con su padre. Sin embargo, precisamente en aquellos momentos adquirí la certidumbre de que Gastón no le reconocería nunca, y he aquí cómo se formó esa seguridad en mi espíritu. Te parece mi relación incoherente y deshilvanada, ¿verdad?

- Me parece perfectamente clara.

- Entonces prosigo. Cierta día Gastón me dió el encargo de redactarle un modelo de testamento que Gastón mismo había de copiar. Por mucha reserva que yo tuviese con un cliente suspicaz, temeroso siempre de verse obligado á decir algo que deseara tener reservado, vime en la precisión de dirigirle algunas preguntas; Gastón me respondió con mucha reserva, encerrándose constantemente en generalidades, y de tal modo hizo esto que en lugar de redactarle un solo modelo formulé cuatro ó cinco, cada uno de los cuales correspondiese á los casos que, en mi concepto, á Gastón podían presentársele. Cuatro días después Gastón me trajo su testamento en un sobre cerrado y lacrado con cinco sellos y me rogó que se lo guardase.

- ¿De manera que mi hermano hizo testamento?

- Sí; hizo uno entonces. Pero hace ahora un mes me lo pidió para modificarlo, acaso para destruirlo, y yo no sé si ha hecho otro; lo que hay de cierto es que yo no soy depositario de ninguno, de suerte que hoy eres el único heredero legítimo de tu hermano; lo cual, como comprendes, no significa que haya seguridad de que recojas la herencia.

- Comprendo que entre los papeles de Gastón puede hallarse algún testamento.

- Exactamente. Y dicho esto, vuelvo á la convicción que arraigó en mi alma de que Gastón no reconocería como hijo al capitán el día mismo en que me encargó que le redactase un testamento. Esta convicción mía está perfectamente basada en la lógica si no me engaño. Sabes que el hijo natural reconocido no tiene sobre los bienes de su padre los mismos derechos que el hijo legítimo, ¿no es verdad? En este caso concreto, el capitán, hijo legítimo de Gastón, heredaría toda la fortuna de su padre; hijo natural reconocido, sólo podría heredar la mitad de esa fortuna, porque el padre deja un hermano, que eres tú. Para que Sixto pudiera recoger todos los bienes de Gastón era necesario que le hubieran sido legados en el testamento, y este testamento en favor suyo solamente sería posible siendo él un extraño, de ninguna manera siendo un hijo natural reconocido.

- Yo no sabía una palabra de todo eso.

- No es extraño; cuando nuestras leyes tratan de los hijos naturales ó adúlteros ó incestuosos están llenas de obscuridad, de lagunas, de contradicciones y deficiencias, en medio de las cuales aquellos cuya profesión es interpretar ó aplicar el código se desenredan muy difícilmente. Así, pues, tu hermano, á mi juicio, haciendo su testamento renunciaba definitivamente á reconocer como hijo suyo al capitán Valentín Sixto.

- Y la conclusión de tus razonamientos es que mi hermano tenía empeño en que toda su fortuna la heredase el capitán Sixto.

- La lógica me llevaba á esa conclusión, efectivamente.

- ¿Sospechas las razones que pudieron mover á mi hermano á recoger el testamento?

- Son de muchas clases; pero tanto las unas como las otras descansan sobre meras suposiciones.

- Y ya que tú las has examinado y discutido, ¿tienes alguna dificultad en comunicármelas?

- De ningún modo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES (Conclusión)

El insecto que vuela contra el vidrio ocupa un espacio bastante grande en profundidad, y por consiguiente, para que todas las partes de su cuerpo estén claramente representadas, es menester que el objetivo tenga gran profundidad de foco, y precisamente sucede que la extraordinaria angostura de las hendiduras por las cuales debe pasar la luz en el centro del objetivo, constituye un excelente diafragma que da al foco más de dos centímetros de profundidad (1).

X. - FOTOGRAFÍAS DE LOS MOVIMIENTOS EN EL CAMPO DEL MICROSCOPIO

Los movimientos de los seres microscópicos son extraordinariamente difíciles de seguir: su rapidez es,

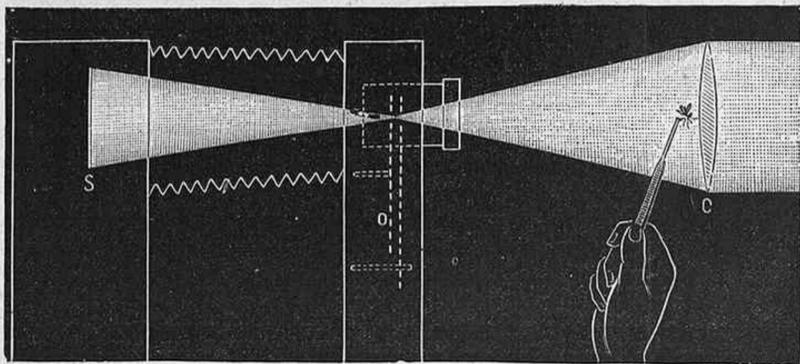


Fig. 34. Disposición teórica de la iluminación empleada para estudiar el vuelo de los insectos

por regla general, tan grande que en muchos casos los órganos motores son completamente invisibles. Por esto la traslación de ciertos infusorios tiene algo misterioso: sólo matando al animal se distinguen claramente algunos filamentos vibrátiles u órganos del mismo género que no podían distinguirse en vida por la rapidez con que se agitan.

Prodúcense en el campo del microscopio infinidad de movimientos curiosísimos cuyo análisis por la cronofotografía presentaba ciertas dificultades; en primer lugar el agrandamiento considerable de las imágenes trae consigo una disminución proporcional de la intensidad de la luz que obra sobre cada punto de la placa fotográfica, y en segundo la extraordinaria brevedad que hay que dar a los tiempos de exposición para obtener imágenes claras de movimientos muy rápidos. Era, pues, preciso que el objeto que debía ser fotografiado fuese sometido a un alumbrado muy potente.

Pero la acción prolongada de una luz muy concentrada y sobre todo la del calor que la acompaña alteraría muy pronto los pequeños seres que se mueven en la preparación microscópica. Para evitar este peligro hemos recurrido al siguiente procedimiento:

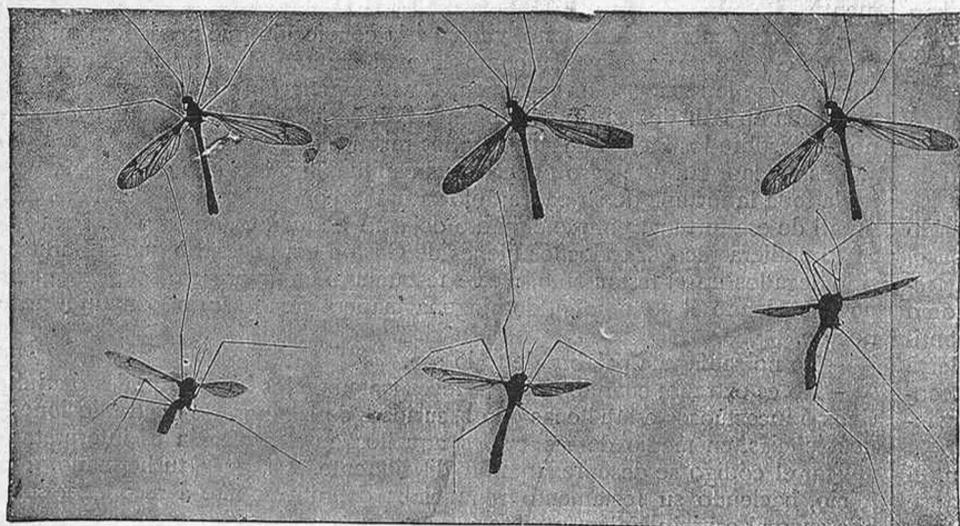


Fig. 35. Representa dos tipulas, una inmóvil puesta sobre un cristal, otra que vuela por encima de ella agitando sus patas de diversos modos y dando a su cuerpo inclinaciones variadas. Esta figura es un fragmento de una larga tira pelicular.

La luz, muy concentrada, es proyectada sobre la preparación de una manera intermitente y durante

(1) Nos proponemos modificar las condiciones del experimento y establecer un sistema de alumbrado de los insectos que los haya luminosos delante de un campo obscuro. De este modo nos encontraremos en las condiciones de la cronofotografía sobre placa fija, y podrá seguirse con mayor precisión las fases, tan fugaces, del aleteo de un insecto.

espacios muy cortos, generalmente inferiores a una milésima de segundo. El cronofotógrafo se presta perfectamente a esta disposición; basta para ello colocar el objeto que se ha de fotografiar detrás de los discos obturadores, los cuales, de esta suerte, tienen como función única la de cortar el haz de luz concentrada y no dejar que llegue a la preparación sino durante los cortos instantes de la coincidencia de las ventanas.

La figura 36 representa en sus principales detalles la pieza que se adapta al cronofotógrafo para analizar los movimientos microscópicos. Una caja de madera, abierta en su parte central, se adapta a la parte anterior del aparato del mismo modo que las cajas de objetivos ya descritos. Esta caja lleva delante un objetivo C que sólo sirve para condensar la luz enviada por medio de un heliostato: el foco de este condensador se forma en la platina p en el sitio mismo en donde será colocada la preparación. Para poner la máquina a punto se regula la posición de la platina portaobjeto, primero por medio del botón B que gobierna una cremallera, y luego por medio de la varita m v que gobierna el tornillo micrométrico.

Se asesta el objetivo microscópico O sobre la preparación, y detrás de este objetivo los rayos que recogen la imagen atraviesan una caja cúbica de metal, y luego continuándose al través de la caja de madera en el fuelle a éste adaptado, llegan por último al cristal opaco de la cámara de las imágenes de que hemos hablado al describir el cronofotógrafo completo.

En un lado de la caja metálica está implantado oblicuamente un tubo de microscopio con su ocular. Una disposición introducida por M. Nacet permite enviar a voluntad la imagen, sea sobre el cristal opaco, sea al microscopio: consiste en el empleo de un prisma de reflexión total que se pone en movimiento por medio del botón P, oprimiendo el cual se adelanta el prisma y se dirige la imagen de la preparación al microscopio, al paso que tirando de él se aleja el prisma y la imagen va a formarse directamente en el cristal opaco ó en la placa sensible.

Como una vez puesto el experimentador detrás del aparato, para mirar la imagen en el cristal opaco, sería imposible buscar los puntos interesantes de la preparación, este reconocimiento se hace mirando por el ocular del microscopio que una lente de corrección permite regular de manera que las imágenes se encuentren exactamente a foco en el microscopio y en la placa sensible.

Estando todo preparado para las fotografías sobre película en movimiento, compruébase por el ocular del microscopio si la postura a foco es exacta y si los movimientos se producen en el sitio que se desea, y comprobado esto, se tira del botón del prisma y se pone el aparato en movimiento (2). La figura 37 representa

(2) Para poder operar sin auxilio de un ayudante que dé vueltas al manubrio del juego de ruedas, hemos puesto éste en relación con un cilindro de muelle y con un volante regula-

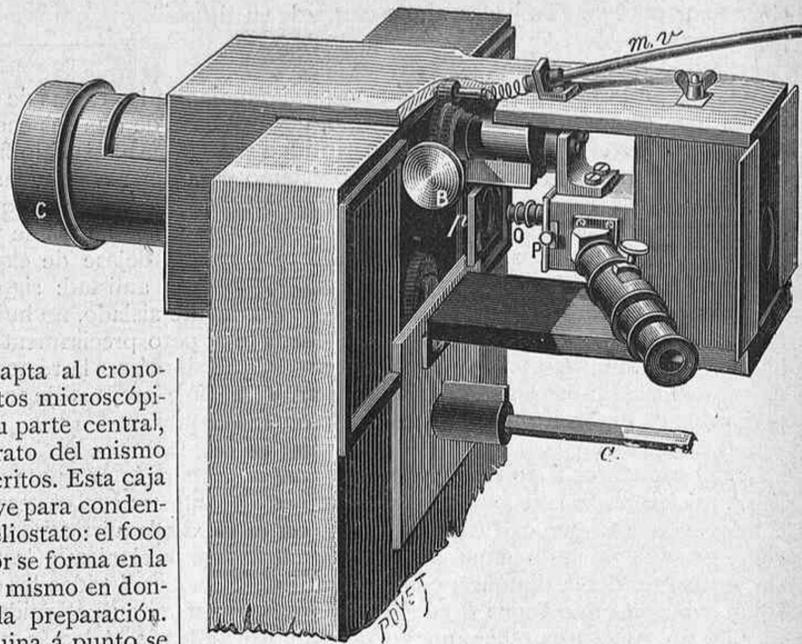


Fig. 36. Pieza especial que se añade al cronofotógrafo para estudiar los movimientos de los seres microscópicos

considerablemente agrandadas varias vorticelas adheridas a filamentos de confervas: durante la sucesión de las imágenes en ella representadas muchas vorticelas ejecutan movimientos; su estilo se contrae y los empuja oblicuamente hacia abajo y a la derecha. Las fases de este movimiento, demasiado brusco para que el ojo pueda percibirlo, pueden seguirse de esta manera: tomemos como puntos de mira las fibras de confervas que se entrecruzan en la preparación, y veremos una fibra transversal cruzada por tres fibras verticales formando con ellas compartimientos casi rectangulares; en el mayor de estos compartimientos se ven dos vorticelas provistas de sus estilos contorneados en espirales. Estas vorticelas se mueven porque puede comprobarse que de la primera a la última imagen se aproximan gradualmente a la fibra transversal y al ángulo

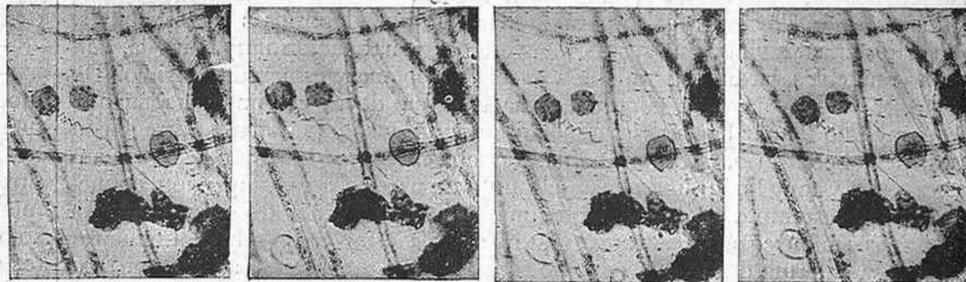


Fig. 37. Representa los movimientos de vorticelas que contraen su estilo en espiral. La sucesión de los movimientos se lee de izquierda a derecha

inferior de la derecha del compartimiento en donde se encuentran (3).

Este ejemplo quizás no es uno de los más interesantes que pueda escogerse para demostrar las aplicaciones de cronofotografía a los movimientos de los seres microscópicos (4); pero nuestros experimentos no han pasado aún del período inicial, y nos proponemos continuarlos, con la esperanza de sorprender los movimientos de los glóbulos de la sangre en los vasos capilares, los actos íntimos de la contracción de la fibra de los músculos y de las ondas que los recorren, y finalmente los movimientos de los filamentos vibrátiles y en general de los órganos que sirven a la locomoción de los infusorios.

Tampoco dudamos de que no sea posible aplicar a los seres microscópicos la cronofotografía sobre placa fija empleando para ello una iluminación oblicua, del sistema de M. Nacet, que presenta los objetos luminosos sobre fondo obscuro.

XI. - LA CRONOFOTOGRAFÍA APLICADA A LAS CIENCIAS FÍSICAS

Para terminar esta revista, ya bastante larga, de las aplicaciones de la cronofotografía, sólo diremos unas

dor: se engrana éste y se remonta el cilindro y todo está dispuesto para que el aparato se ponga en movimiento en cuanto quede libre el volante. Cuando, pues, se ha comprobado mirando por el microscopio que la preparación está a punto, no hay más que tirar del botón del prisma y soltar el volante para que el aparato se ponga en movimiento y las imágenes queden fijadas.

(3) El procedimiento de grabado que ha servido para reproducir estas imágenes no se presta a dar la pureza de los detalles que presentaba la preparación y que se encontraba en los elisés originales.

(4) Hemos obtenido también imágenes bastante buenas del movimiento de los glóbulos de la sangre en los vasos capilares y del crecimiento de los cristales arborizados en las soluciones saturadas.

pbcas palabras para demostrar el partido que puede sacarse de ella para estudiar el movimiento en el mundo inorgánico: la cinemática y la dinámica encontrarán un auxiliar poderoso en nuestro método.

Los memorables experimentos de Galileo, que han determinado las leyes de la caída de los cuerpos, pueden ser considerados como el punto de partida de la mecánica científica: generalizando estas leyes y aplicándolas á todas las fuerzas que obran sobre la materia se ha creado la dinámica. Ahora bien: los movimientos tan complicados de las masas sometidas á diferentes fuerzas, aunque á veces difíciles de determinar por el cálculo, son generalmente de fácil determinación por el método experimental mediante la cronofotografía.

Escojamos, por ejemplo, el experimento de Galileo sobre las leyes del movimiento de un cuerpo que cae bajo la acción de la gravedad: al gran físico de Florencia fué preciso hacer un grande esfuerzo de genio para encontrar el medio de reducir la velocidad del movimiento por medio del plano inclinado, sin alterar sus caracteres, y para hacer perceptible su aceleración uniforme. Este mismo problema, tratado por la cronofotografía, puede resolverse de la manera más sencilla, sin ningún dispositivo especial: tómese, al efecto, una escalera y colóquesela delante de un campo obscuro, y subido en ella el experimentador, déjese caer una bola pesada y pintada de blanco desde una regular altura mientras el aparato cronofotográfico recibe las imágenes de la misma sobre placa fija. En la figura 38 se ve la serie de las posiciones ocupadas por la bola en cada uno de los instantes sucesivos (á cada cuadragésima parte de segundo), siendo muy fácil por medio de una escala métrica comparar entre sí los espacios recorridos en esas unidades de tiempo sucesivas. El experimento, se ha realizado en condiciones bastante rudimentarias pero podría introducirse en él toda la precisión deseable.

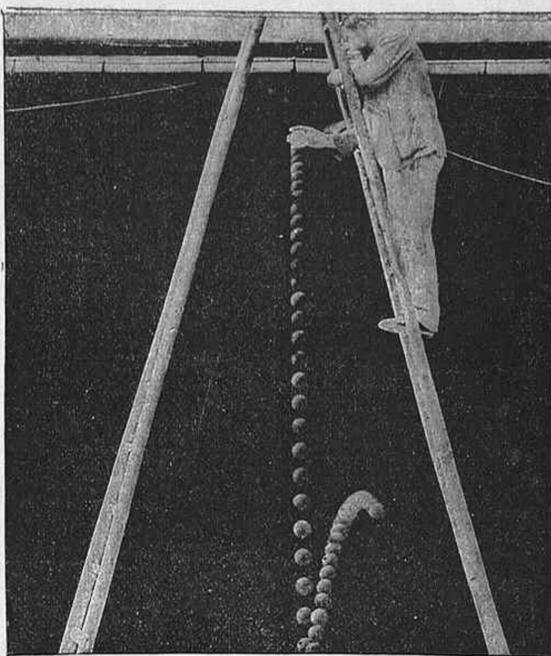


Fig. 38. Fases del movimiento de un cuerpo que cae, estudiadas por medio del cronofotógrafo sobre placa fija

El mismo método podría servir para determinar las leyes de la resistencia del aire que obra sobre objetos de formas y densidades distintas.

En la práctica nuestro método ofrece grandes ventajas para registrar la marcha de las máquinas y para asegurarse de que en su funcionamiento no presentan algún defecto que no haya podido ser previsto. Una de las grandes preocupaciones de nuestra época es la construcción de las máquinas voladoras que puedan

transportarse en el aire y ser en él dirigidas. En los muy numerosos ensayos que hasta ahora se han hecho, los aparatos no han funcionado bien y á veces se han roto al caer, sin que haya habido tiempo de apreciar el vicio de su funcionamiento: estudiadas por medio de la cronofotografía, estas máquinas hubieran revelado todos los detalles de sus movimientos y demostrado los defectos que han ocasionado su caída.

Para todas estas aplicaciones tan variadas, el cronofotógrafo no requiere ninguna disposición especial, salvo algunas veces el cambio de objetivo cuando las dimensiones del objeto que se estudia y la distancia en que se encuentra lo hacen necesario.

Comparando, como es natural, la cronofotografía con las demás formas del método gráfico, le hemos atribuido en muchos casos una gran superioridad sobre éstas: en efecto, nuestro método es *más sencillo* cuando se puede recoger sobre una placa fija y por medio de una operación siempre la misma la sucesión de las fases de un fenómeno; es *más potente* porque aborda los fenómenos de mayor complejidad; es *más seguro* porque, á la inversa de los procedimientos mecánicos de inscripción de los movimientos, nada toma de la fuerza cuyos efectos estudia sin alterar sus manifestaciones, y finalmente es más general y creemos haber demostrado con ejemplos bastante numerosos que se aplica igualmente á las ciencias físicas y á las ciencias naturales.

E. J. MAREY, de la Academia de Ciencias

(De la *Revue generale des sciences pures et appliquées*)

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, limpia
 PEGAS, LENTEJAS, TEE ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEE BARROSA
 ARRUGAS PRECOGES
 EFLORESCENCIAS
 ROJEGES
 y conserva el cutis limpio y bello

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICION ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Jarabe de Digital de LABELONYE
 Empleado con el mejor éxito
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Gérgaeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Gérgaeas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
 Las Gérgaeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la Sa^a de F^{is} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

LICOR LAVILLE GOTA REUMATISMOS
 Especifico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
 F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
 VENTA POR MENOR.— EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS y JARABE DE BLANCARD
 Con ioduro de Hierro inalterable
 ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMO ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS etc., etc.
 Exigir la firma y el sello de garantia.
 PARIS 40, rue Bonaparte, 40

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
 CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

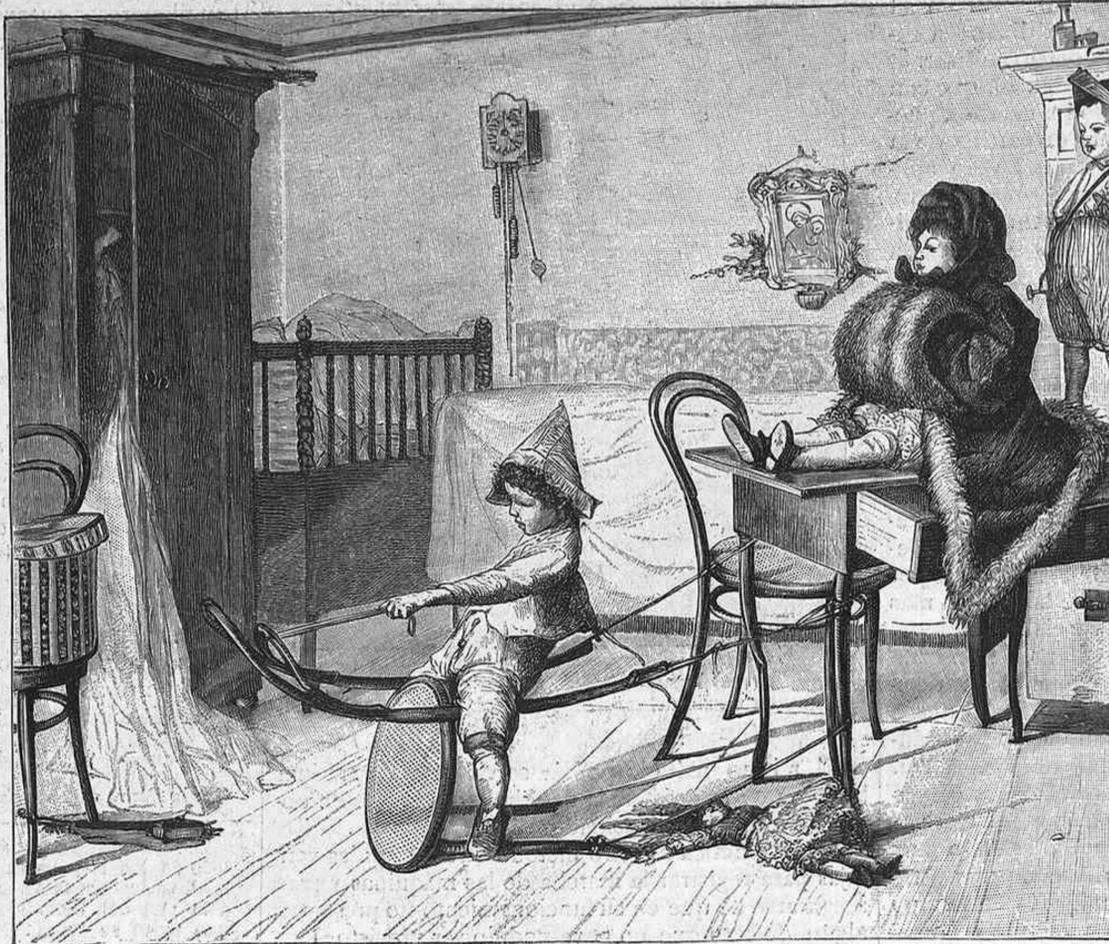
PATE ÉPILATOIRE DUSSER
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLVORE. DUSSER, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

LOS CATALANES EN LA DEFENSA Y RECONQUISTA DE BUENOS AIRES, por R. Monner y Sans. — Aunque ausente hace años de la patria, el Sr. Monner y Sans no sólo no se olvida de ella, sino que con su bien cortada pluma proclama sus glorias y narra las hazañas de sus valerosos hijos. El folleto que nos ocupa es un boceto histórico en que se demuestra la decisiva intervención que tuvieron los catalanes en los sucesos que se desarrollaron en la capital argentina cuando los ingleses quisieron apoderarse del Río de la Plata en 1806 y 1807, apoyándose el autor en citas de los historiadores de la República Argentina y en noticias que pacientemente supo proporcionarse, intercalándolas con comentarios que al par que su amor á Cataluña denotan su observación profunda y su imparcialidad, y revistiéndolo todo de la forma castiza y elegante que caracteriza á todos los trabajos de nuestro distinguido compatriota.

CUENTOS DE AMOR, por Juan Ruiz de Esparza y Hernández. — La lectura de las cinco narraciones que contiene el libro publicado por el escritor mejicano señor Ruiz de Esparza justifican el título de *Cuentos de amor*: hay en todas ellas verdadero raudal de sentimiento y de poesía, cuyos atractivos aumentan los que por sí solo ofrece el interés dramático, y que acreditan á su autor de novelista de corazón.



JUEGOS INFANTILES, dibujo de D. Panluzzi

EL RATONCITO, por José Miró Folguera. — Aunque así se titula el libro, *El ratoncito* no es más que una de las narraciones en él coleccionadas por el distinguido periodista y conocido escritor Sr. Miró y Folguera. La índole de esta sección no nos permite ocuparnos extensamente de ellas como se merecen y como desearíamos, y nos obliga á sintetizar nuestro juicio en pocas palabras, diciendo que los trabajos en cuestión revelan al observador profundo, enamorado de la realidad, así en los fenómenos psicológicos que analiza con gran conocimiento del alma humana, como de los hechos que describe con verdad admirable; al decidido campeón de los modernos procedimientos literarios, y al escritor castizo y sobrio que encuentra para cada idea la frase justa. *El ratoncito* se vende al precio de 2 pesetas.

POESIES, per Joseph Lluís Pons y Gallarza. — El Sr. Pons y Gallarza figura con razón entre los primeros poetas catalanes y desde 1867 posee el título de *Mestre en Gay Saber*: hay en todas sus poesías inspiración y sentimiento extraordinarios; todas ellas están escritas con una admirable pureza de lenguaje, y en todas vibra el amor y el entusiasmo por Cataluña y Mallorca. ¿Qué más podemos decir de ellas que no lo diga elocuentemente por sí solo el nombre de su autor? El editor D. José Tous, de Palma de Mallorca, ha coleccionado algunas de ellas en un elegante tomo que constituye el tercero de la *Nueva Biblioteca Balear* y se vende al precio de 2 pesetas.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1873 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS de DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la arma, AROUD

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE DEL DR. FORGET
contra los Reumas, Tos, Crisis nerviosas é Insomnios. — El **JARABE FORGET** es un calmante célebre, conocido desde 30 años. — En las farmacias y 28, rue Bergère, Paris (antiguamente 36, rue Vivienne).

APIOL
de los D^{tes} JORET & HOMOLLE

El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las EPOCAS, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D^{tes} JORET & HOMOLLE.
MEDALLAS Exp^{tes} UNIV^{tes} LONDRES 1862 - PARIS 1889
Far^{ma} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 81, Rue de Selne.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS DE SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

El mejor y mas célebre polvo de tocador

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN